



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

Año VI. Se publica los días 8 y 24 de cada mes.—Administración Central, calle del Sordo, núm. 39, principal. **Madrid 24 Setiembre de 1862.** Precios: En España 24 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado. **Núm. 14.**

DIRECTOR PROPIETARIO. DON EDUARDO ASQUERINO. (COLABORADORES.) Españoles. Sres. Amador de los Rios (José) Alarcon (Pedro Antonio). Alcalá Galiano (Antonio). Arias Miranda (José). Aree (Gaspar Nuñez). Aribau (Buenaventura). Sra. Avellaneda (Gert. de). Sres. Asquerino (Eusebio). Auñon (Marqués de). Ayala (Adelardo Lopez de). Balaguer (Victor). Baralt (Rafael). Benavides (Antonio). Bueno (Juan José). Borao (Gerónimo). Bona (Félix).	Sres. Breton de los Herreros (M) Borrego (Andrés). Calvo Asensio (Pedro). Calvo y Martin (Pedro). Campanor (Ramon). Camus (Alfredo A.). Canalejas (Francisco de P.) Cañete (Manuel). Castelar (Emilio). Castro (M. Fernandez). Cánovas del Castillo (A.) Castro y Serrano (José). Corradi (Fernando). Colmeiro (Manuel). Cueto (Leopoldo A. de). Sra. Coronado (Carolina). Sres. Duran (Agustin). Eguilaz (Luis). Elias (C. Fernandez). Escalante (Alfonso). Escozura (Patricio de la).	Sres. Estévez Calderon (S.) Estrella (Gabriel). Fernandez Guesta (Nem.). Ferrer del Rio (Antonio). Fernandez y Gonzalez. Figueroa (Laureano). Flores (Antonio). Forteza (Guillermo). Garcia Gutierrez (A.º) Gayangos (Pascual). Gener (José). Gonzalez Bravo (Luis). Graells (Mariano de la Paz) Güel y Renté (José). Hartzenbusch (J. Eug.º). Janer (Florencio). Jimenez Serrano (José). Lafuente (Modesto). Llorente (Alejandro). Lopez Garcia (Bernardo). Larrañaga (G. Romero).	Sres. Lasala (Manuel). Lobo (Miguel). Lorenzana (Juan). Luna (Luis Garcia). Madoz (Pascual). Montesino (Cipriano). Mañé y Flaquer (J), Barc.º Martos (Cristino). Mora (José Joaquín de). Molins (Marqués de). Muñoz del Monte (Fr.º). Ochoa (Eugenio). Olavarría (Eugenio). Olózaga (Salustiano). Olozabal (Lúcas). Ortiz de Pinedo (Manuel). Palacio (Manuel del). Perez Calvo (Juan). Pasaron y Lastra (Ramon). Pi Margall (Francisco). Ribot y Fonsere (Ant.º).	Sres. Rios y Rosas (Antonio). Retortillo (J. Luis). Rivas (Duque de). Rivera (Luis). Rivero (Nicolás María). Romero Ortiz (Ant.º). Rodriguez y Muñoz (Tib.º). Rosa Gonzalez (J. de la) Ros de Olano (Antonio). Ramirez (Javier de). Rosell (Cayetano). Ruiz Aguilera (Ventura). Saco (José Antonio). Sagarminaga (Fidel de). Sanchez Fuentes (Eugenio). Seigas (José). Simonet (F. Javier). Sanz (Eulogio Florentino). Segovia (Antonio María). Salvador de Salvador (José). Trueba (Antonio).	Sr. Vega (Ventura de la). Valera (Juan). Viedma (J. A.). Portugueses. Sres. Almeida Aburquerque. Bordallo (F. M). Biester (Ernesto). Brederode (A. de). Bulhao Pato (R. de). Bruschy (Dr.). Castello Branco (Camillo). Castilho (Antonio F. de) Coelho de Magalhaes) César Manchado (Julio). Carvalho (Tomas de). Herculano (A.). Latino Coelho (J. M.). Lobato Pirés. Magalhaes Continho (J. E.). Mendes Leal Junior (J. das). Oliveira Marreca (Ant.).	Sr. D'Oliveira Pimentel (J. M) Palmeirín (L. A.). Palha (Francisco). Rebello de Silva (L. A.). Rodrigues Sampayo (A.). Silva Tullio (Ant.º da). Serpa Pimentel (A. de). Torres (José de). Visconde de Gouvea. Americanos. Alberdi (J. Bia.). A. Alemparte (J.). Bello (Andrés). B. Vicuña Mackenna. Caicedo (J. M. Torres). Corpancho (Nicolás). Gana (Guillermo B.). Gonzalez (Marcial). Lastarria (J. U.). Llorente (Sebastian). Matta (Guillermo)..
--	---	--	--	--	--	---

SUMARIO.

Revista general, por M.—Italia y Garibaldi, por D. Emilio Castelar.—Sultos.—De la nobleza considerada como elemento político, (conclusion) por D. Antonio Benavides.—Los economistas modernos, (artículo primero) por D. José Joaquín de Mora.—De la Novela, (artículo tercero) por D. Antonio Alcalá Galiano.—La supresion del tráfico de esclavos africanos, (continuación) por D. José Antonio Saco.—Roma y Francia, por D. Jacinto Beltran.—Isla de Cuba: última Memoria, por D. José de la Concha.—Las reformas en la Isla de Cuba, por ***—Aspromonte.—Sultos.—Dicha comprada, por doña Joaquina García Balmaseda.

LA AMÉRICA.

REVISTA GENERAL.

Todavía no consta que se haya embarcado la totalidad de las fuerzas imperiales destinadas a pacificar y civilizar la república mejicana. Las noticias que de aquella region nos llegan están impregnadas de una insuperable monotonía. Que el gobierno de Juárez se hace cada día mas impopular y molesto; que cada día son mas opresivas y tiránicas sus medidas; que sus ejércitos están disueltos y hambrientos y desnudos; que los franceses han fortificado á Orizaba, donde desafían todo el poder de sus adversarios, y cuyas salidas son otros tantos triunfos obtenidos sobre las fuerzas de la república—tales son los temas obligados de los periódicos franceses, de donde los copian todos los de las naciones extranjeras. Sin embargo, Lorencez no se atreve á dar un paso fuera de los muros de la ciudad, ni enviar á la costa un correo, sin un batallón de escolta. Las guerrillas son bastante numerosas para tener sitiada por hambre á Veracruz. En la correspondencia interceptada por estas partidas, se han encontrado cartas de oficiales franceses en que se quejan de las privaciones y penalidades que sufren. Dicen que las tropas están á media ración: que carecen absolutamente de forraje para los caballos: que el descontento contra lo que se llama el gobierno de Almonte crece de día en día; que ninguna población importante se había declarado en su favor; en fin, que si no llegaban muy pronto los socorros prometidos, la división Lorencez desaparecería por sí misma, sin necesidad de que los mejicanos la hostilizaran. Parte de estos asertos se hallan con-

firmados por los diarios ministeriales de Madrid, no obstante su conocida adhesión al gobierno imperial. Según algunas correspondencias de Paris, la tardanza en el embarque de la expedición ha consistido en el aumento proyectado de las fuerzas que han de componerla. Parece que se trata nada menos que de un ejército de 40,000 hombres, lo cual confirmaría la noticia recientemente propagada sobre un cambio radical en los designios del emperador. Méjico, según este nuevo programa, se trasformaría en colonia francesa, ó, á lo menos, en estado nacional bajo el protectorado del imperio. Esta solución sería lo que mas podrian apetecer los enemigos de la Francia. Méjico es un sumidero de dinero y de hombres, algo mas hondo y algo mas voraz que Argelia, y aun suponiendo posible la ocupación de las diez y ocho ó veinte ciudades importantes que lucen en su territorio, desde Sonora hasta Campeche, y desde Veracruz hasta Acapulco, no por esto podrian afianzar su dominio los invasores, ni mantener sus comunicaciones expeditas, ni extinguir los focos de insurrección que por todas partes se formarían, ni mucho menos trasformar en ciudadanos sumisos, trabajadores y sedentarios, á centenares de millares de hombres acostumbrados al merodeo, á combates diarios, á una cerril independencia y al desprecio de toda autoridad y de toda disciplina.

Lo que podría inclinarnos á creer en la realidad de este proyecto es el aislamiento en que se halla colocado el gobierno francés en esta cuestión. Uno de sus órganos en la prensa había dicho, no hace mucho tiempo, que la Francia resolvería por sí sola la cuestión militar, y una vez vencido este obstáculo, la cuestión política se resolvería de comun acuerdo con las potencias que firmaron el tratado de Londres. Tenemos muy fundados motivos para creer que Lord Palmerston se ha hecho el sordo á esta invitación, y, en general, puede asegurarse que los ingleses miran con invencible repugnancia todo lo relativo á la intervención en aquellos negocios. Lejos de oponerse á la ocupación, y, si quier, á la conquista de aquel territorio por los franceses, no se abstienen de expresar su satisfacción al ver á sus caros aliados comprometidos en tan árduo empeño. Acaban de acreditarlo, permitiendo que las tropas expedicionarias establezcan sus campamentos en la Jamaica, como si abrigasen el convencimiento de que este favor es uno de aquellos que se vuelven contra el que los recibe. En opinión de los ingleses, su gobierno no pasará mas adelante de la línea que ha seguido hasta ahora, y que se reduce á exigir la reparación de los agravios y pérdidas que á sus súbditos se infligan. Desearíamos que el gabinete español adoptase este mismo sistema, ya que la noble resolución del general Prim ha cortado de raíz los incalculables males que nos habría acarreado la permanencia de

nuestros soldados en aquellas fatales regiones. Los diarios ministeriales piensan de distinto modo, y no cesan de abogar por nuestros intereses en Méjico, y, lo que es todavía mas extraordinario, por los intereses de nuestra raza. Estos escritores confunden deplorablemente la raza con la nación. ¡Qué! Porque hay en aquel país familias que se llaman Sanchez y Gutierrez, ¿hemos de considerarlas como hermanas nuestras, como ligadas con nosotros por los mismos vinculos que nos ligan con los Sanchez y Gutierrez de las Castillas ó de las Asturias? La raza es un carácter etnológico: nada tiene que ver con la política. La raza no es una clasificación tan clara y distinta, que pueda conservar perpetuamente su fisonomía especial y sus idénticas facciones. Sería de ver que los franceses quisiesen intervenir en los negocios del Canadá y de la Luisiana, solo porque son innumerables las familias de raza francesa establecidas en aquellos países. Por nuestra parte, y de acuerdo en esta opinión con todos los buenos españoles, no podemos mirar sin la mas viva satisfacción el abandono que hemos hecho de una empresa, á la que nunca deberíamos haber contribuido. Era para nuestro gobierno una obligación sagrada proteger á nuestros verdaderos compatriotas establecidos en aquel territorio, y exigir satisfactorias reparaciones de los agravios y violencias de que habían sido víctimas. Todo esto se habría conseguido con el bloqueo de los pocos puertos de mar que la República posee en los dos Océanos. Los diarios á que hemos aludido, quieren mucho mas, y para colmo de inconsecuencia, el hombre en cuyo favor se pronuncian sus simpatías, el hombre cuyo gobierno apoyan nuestros compatriotas en Méjico, ni siquiera pertenece á la raza española. Ese hombre es indio.

De todos los pormenores que contienen los periódicos de la América del Norte sobre la guerra entre separatistas y unionistas, el único suceso importante que hemos deducido, es la unión de los ejércitos mandados por los generales Mac Cellan y Pope. Estos cuerpos obraban separadamente, con el objeto de atacar á sus contrarios por dos puntos distintos. Pero sus pérdidas han sido tan enormes, sus derrotas tan frecuentes y de tanta magnitud, y tan hábiles y acertadas las operaciones de los confederados, que aquellos dos jefes han reconocido la imposibilidad de sostener en su estado de separación una lucha desigual, que terminaría probablemente en una corrida como la de Bulbrun. Es verdad que los federales se consuelan con la esperanza de que dentro de poco sus tropas podrán atacar á sus contrarios, no ya por dos, sino por tres puntos: mas para ello necesitan que el gobierno les envíe refuerzos, y estos solo pueden proceder de la quinta sancionada ya por la legislatura. Ahora bien: esta palabra quinta ha producido un efecto mágico; ha enfriado de pronto aquel

ardiente patriotismo, origen de tan portentosos esfuerzos y tema de tan elocuentes proclamas y discursos. Todo hombre expuesto a sacar un número fatal de la urna se apresura a salir del territorio, a despecho de las órdenes severas del gobierno y de la vigilancia de sus agentes. Los periódicos del Canadá contienen datos muy interesantes relativos a la inmensa emigración que se acoge a sus fronteras, y que a las últimas fechas, contaba ya muchos millones de individuos. Esta acumulación de brazos útiles había producido la baja del precio del jornal en la orilla izquierda del San Lorenzo, y entre tanto los extranjeros acudían por pasaporte a los respectivos cónsules, y los buques destinados a los puertos de Europa, no podían dar cabida a los innumerables descuentos que pedían pasaje. Los enganches voluntarios habían cesado de un todo.

Se ha observado con bien fundada extrañeza que, mientras los federales han prodigado, por medio de la prensa, noticias oficiales y particulares sobre los movimientos de sus ejércitos, sus victorias, sus medidas legislativas y demás asuntos relativos a la guerra pendiente, han sido tan escasos los datos, que, sobre estos mismos puntos, han lanzado al mundo el gobierno y los Estados del Sur. De esta reserva no creemos que deba inferirse ninguna consecuencia desfavorable a la causa de la separación, y tiene además la ventaja de no penetrar los planes estratégicos, cuyo buen éxito depende en general del secreto. En este momento, nada se sabe en Europa acerca de la deuda del gobierno de Richmond; de la exacta posición de sus ejércitos; de los sacrificios impuestos a la población, ni del carácter y modo de proceder del gobierno que Jefferson Davis preside. Lo que se sabe es que, con una población inferior en número a la de los Estados del Norte, los del Sur, sin los excesos de prodigalidad de que ha hecho uso el presidente Lincoln, han puesto en campaña ejércitos más numerosos que los de sus rivales, los han vencido en frecuentes ocasiones y han contrariado todos sus designios y movimientos. Esto basta, sin duda, para conocer el patriotismo y la decisión con que los separatistas han sostenido la lucha; pero no suministra apoyo bastante para calcular su probable duración. Si, como carece de duda, los federales están agotando sus últimos recursos en hombres, en dinero y en crédito, los confederados, con menos población, y con menos ingresos en su tesoro, deben hallarse actualmente en grandísimos apuros. Ahora por primera vez, poseemos un documento oficial emanado de aquel gabinete, y su contexto puede suministrar alguna luz sobre los puntos enigmáticos que hemos indicado. Este documento es el mensaje dirigido a las cámaras por el presidente Jefferson Davis, en cuya redacción se nota desde luego un gran contraste con el lenguaje que el presidente de la federación emplea en semejantes ocasiones, ya que no contiene aterradoras amenazas, ni jactanciosos asertos, ni lisonjeras promesas de felices resultados. La última proclama de Lincoln anuncia un aumento de 600,000 hombres en el ejército. No tiene otro recurso de que echar mano, como ya hemos dicho, para completar este número que la quinta: pero en Europa se ignoraba, y el mensaje nos lo revela, que la quinta existía en el Sur, desde el principio de la guerra, y que los habitantes se sometían a ella sin la menor demostración de oposición ó repugnancia. De esta conscripción han estado exentos los hombres de mas de treinta y cinco años. Ahora el presidente anuncia que las necesidades de la guerra le obligan a traspasar este límite, y a exigir nuevos sacrificios de la población. Lisonjeados por los recientes triunfos de sus armas, los Estados del Sur se prestaron gustosos a estas exigencias, con la esperanza bien fundada de asegurar en breve tiempo su independencia y su autonomía.

Al llegar a tratar de los asuntos de Europa, un solo hecho absorbe nuestra atención como la de todo el mundo civilizado, y ya han conocido nuestros lectores que este hecho es la catástrofe de que Garibaldi ha sido víctima. Encierra tantas complicaciones y anomalías este gran acontecimiento, que es difícil saber por dónde ha de empezar el que quiera analizarlo en sí mismo en su origen y en sus consecuencias. Desde luego salta a primera vista el contraste que presentan el héroe y sus perseguidores; los principios y los sentimientos que han animado al primero, y las torcidas intenciones, y los detestables sofismas con que los segundos han consumado su designio, y han procurado justificarlo a los ojos de la humanidad. Por una parte magnanimidad, desprendimiento, abnegación de toda mira personal, consagración a una causa identificada con la de la civilización, con la de la libertad y con la de la justicia; por otra parte, envidia rastrera y pueril, ignominiosas condescendencias, inmolation de la dignidad de un trono y de la vida de una nación; y, en el fondo de este cúmulo de miserias, una política pífida y embaucadora, sostenida por la fuerza brutal y por la mas vana y deleznable sofistería. Añádase a esta repugnante perspectiva el abuso escandaloso de palabras, cuyo verdadero sentido se procura oscurecer con fallos oroculares y con interpretaciones sutiles, y se tendrá una verdadera idea de la impresión que ha debido hacer en el ánimo de todo hombre recto el suceso de Aspromonte. ¿En qué ha consistido la culpabilidad de Garibaldi? En qué ha desobedecido a la autoridad. ó, lo que es lo mismo, en qué ha infringido la ley. ¿Y qué! ¿No hay en el mundo moral autoridad superior a la de un decreto ministerial? ¿No hay ley superior a las que los hombres sancionan? Pues entonces ¿a qué se reducen la razón y la justicia? ¿Han de sacrificarse estos sagrados poderes a los depravados designios de la ambición y a las mezquinas y torpes maniobras de la diplomacia solo por que se parapetan con la palabra ley? Autoridades fueron Felipe II y Calomarde; Neron y el último régulo de Médena; leyes fueron la Inquisición y el tormento; los diezmos y las vinculaciones, y, en una palabra, si los hombres han de postrarse ante toda autoridad, solo porque lo es, y si han de perpetuar el dominio de la ley, por in-

justa y perjudicial que sea, renuncien a toda esperanza de mejora y de adelanto; den por sellado el libro del destino; rianse de la perfectibilidad humana como de una falaz quimera, y condenen a perpétua execración los nombres de los grandes bienhechores de la especie humana, que han arrostrado los mayores peligros y la muerte misma solo por salvarla y hacerla feliz. Lo que ha hecho Garibaldi ha sido infinitamente menos culpable, bajo el punto de vista de la ley, que lo que hicieron en Madrigal los ricos hombres de Castilla; que lo que hicieron los fundadores de nuestras libertades modernas en las cabezas de San Juan; que lo que hicieron los dos Napoleones, el uno el 18 de Brumario, y el otro en 2 de Diciembre. En todos estos casos, la autoridad y la ley quedaron holladas bajo los pies de la insurrección y de la violencia. ¿Y los autores de tamaños crímenes han merecido aplausos, y han sido apoyados por los votos de las naciones, y Garibaldi está preso y va a ser juzgado! Garibaldi no ha sido un momento rebelde al monarca cuyo dominio ha consolidado y engrandecido. Su rebeldía ha sido contra un ministerio, incapaz de cumplir la palabra que mil veces ha dado a la nación, de resolver el gran problema de su unificación; contra un ministerio sometido a los dictados de un monarca extranjero; contra un ministerio impuesto por ese mismo monarca, y ciego instrumento por tanto de sus miras. Garibaldi ha querido hacer lo que ese ministerio debería haber hecho y no podrá hacer jamás. Garibaldi ha querido derrocar el ministerio Ratazzi, como los hombres de Vilcálvaro derrocaron el ministerio San Luis. Estos y otros infinitos hechos semejantes que llenan las páginas de la historia, prueban que en el código moral de las naciones, el criterio de las acciones humanas, consiste generalmente en el éxito. Lo que es crimen en unos casos, es virtud, es heroísmo en otros. El trono ó el cadalso. Luis Napoleon sucumbe en Estrasburgo y en Boulogne; Luis Napoleon triunfa en París. Si de este modo y con estos principios se juzgasen las acciones humanas, en las clases medias é inferiores de los pueblos, la existencia de la sociedad seria un imposible.

En el caso de Garibaldi, han concurrido circunstancias que dan todavía un carácter de mas intensa odiosidad a la persecución que se le suscita. No solo su objeto era el mismo de Victor Manuel; no solo se proponía hacer a Victor Manuel rey de toda Italia (que no lo es todavía), como lo hizo dueño de Nápoles y Sicilia, sino que estaba autorizado para creer que el gobierno de Turin aplaudiría su segunda expedición, como aplaudió la primera. ¿Qué significación tenia su nombramiento, expedido por Ratazzi, de organizador del tiro nacional en toda Italia? ¿Por qué no se le mandó salir de Sicilia, inmediatamente que se tuvo noticia de lo que en aquella isla estaba haciendo, en lugar de dejarlo obrar libremente, por espacio de dos meses largos, si no con la connivencia, al menos con la tolerancia de las autoridades? ¿Estaban ciegos y sordos los dos hijos del rey, de quienes no se separó durante la mansión de estos príncipes en Sicilia, y que presenciaron las ovaciones de que Garibaldi era objeto, y oyeron sus arengas, y vieron los primeros armamentos, y no podían ensordecirse a los gritos y aclamaciones que en torno del héroe resonaban? Y, ¿por qué tanta impasibilidad? ¿Por qué tanta inacción? Porque aún no había salido de las Tullerías el formidable *quos ego*. ¿Qué papel está haciendo Victor Manuel en el mundo! Victor Manuel no es un monarca: es un prefecto. El representante de la libertad de Italia, es hoy el flexible instrumento del que le ha quitado la mejor perla de su corona. Otra joya mas preciosa le ha quitado: su prestigio; el eminente puesto que ocupaba en la region del patriotismo y de la libertad de Italia: pérdida irreparable, en la escasez de hombres eminentes que aqueja a las sociedades modernas.

¿Y qué es entre tanto de la cuestion de Roma? En otra ocasion lo hemos dicho, y no tenemos motivo para retractar nuestro aserto: la cuestion de Roma está resuelta, y la ocupación indefinida de aquella ciudad por las tropas francesas, es el principio fundamental de la política imperial en los negocios de la península. Por si acaso se había olvidado este propósito, el periódico de París la *France*, fundado quizás con el único objeto de inculcarlo en el convencimiento de las naciones, no pierde ocasion de proclamar el fallo pronunciado contra la libertad de Italia, y de quitar toda esperanza a los que aguardan que se realice. Es verdad que la *Patrie* y el *Constitutionnel* se esfuerzan en alimentar estas esperanzas, y que estos periódicos, como el primero, salen del mismo origen, y escriben lo que el mismo hombre les manda. Por medio de este trivial manejo y de estas evoluciones propias de un saltimbanqui, procura el gobierno francés halagar al mismo tiempo a los liberales y a los reaccionarios. Los franceses se rien de este tira y afloja; comprenden su objeto, y le aplican los versos de su inmortal fabulista:

*Arriere ceux dont la bouche
Souffle le chaud et le froid.*

Los franceses saben que aunque el Emperador quisiera hacer libre y una a la Italia, en lo que nunca ha pensado, todo su poder, todo su orgullo, toda esa firmeza de temple que se le atribuye, se estrellarían en la incontestable muralla que el clero le opondría. El clero francés, sabio, virtuoso, asiduo y ejemplar en el cumplimiento de sus deberes, dueño absoluto de las conciencias y de la opinión de la gran mayoría de la nación, que es la que vive en los campos y en las ciudades pequeñas, ese clero decimos, está cada día mas aferrado a sus simpatías favorables al dominio temporal del Papa, a la legitimidad de los Borbones napolitanos; cada día se muestra mas enemigo del reino de Italia, y mas esperanzado en el restablecimiento de lo que hemos visto desaparecer. El clero *tolera* la existencia del Imperio, con la condicion de que sostenga al Papa en Roma, y si *non, non*. Las armas que tiene a su disposición no se rechazan con bayonetas

ni con cañones rayados. Se bate con icteos, no con buques de coraza.

El gobierno de Turin ha merecido, por su reciente hazaña, las enhorabuenas de Mr. Thouvenel, y en verdad que, además de sus rigores con Garibaldi, se hace cada día mas acreedor al aprecio y a la benevolencia de los satélites del Imperio. Ya su policía va poniéndose a la altura de la de su protector y modelo. Ya está poniendo en práctica las medidas vulgares y pueriles del despotismo moderno: supresión de reuniones patrióticas, retirada de periódicos, arrestos arbitrarios, prohibición de manifestaciones inofensivas; en fin, todo el arsenal de recursos hostiles, recurso natural y lógico de un poder que pelea con la opinión general, y que tiene la conciencia de la justa desconfianza que inspira. ¿Es esta la Italia de Cavour y de Ricasoli? ¿Es esta aquella Italia tan lozana, tan expansiva, tan segura de su consistencia y de su vitalidad en los primeros días de su emancipación? Un solo hombre ha producido esta lamentable metamorfosis: el hombre que ha prometido libertar a Italia, y la esclaviza; el hombre que protege al Papa, y consiente en que se le arranque la mayor y mejor parte de su territorio; el hombre de cuyas amenazas se rie, y cuyos consejos y exigencias rechaza Antonelli; el hombre, en fin, que se hace pagar sus favores con provincias enteras, y deja al que era su deudor en sujeción humillante y en servil dependencia.

Que no desmaye por eso la noble, la ilustrada, la ya para siempre libre nación italiana. Los hombres pasan, decíamos en nuestro número anterior; las ideas y las convicciones se perpetúan. Las leyes físicas del Universo destruyen las esencias físicas; pero lo que reside en el alma no está al alcance de su poder aniquilador. En tiempo del célebre cardenal Richelieu, ministro universal de Luis XIV, había un clérigo en París que continuamente lo molestaba, pidiéndole una canongía. No pudiendo soportar tanta molestia, «no se cansa V. *monsieur L'Abbé*, le dijo un día el cardenal: mientras yo viva, no será V. canónigo.» «Pues entonces, eminentísimo señor, le respondió el abate, aguardaré.»

Ya saben los italianos lo que tienen que hacer: aguardar.

M.

ITALIA Y GARIBALDI.

I.

El siglo presente está destinado en los consejos de la Providencia a ver uno de los mayores milagros que registrará la historia: la resurrección de Italia. No hay dolor en el mundo que pueda compararse al dolor infinito de esa patria del genio; no hay lamento que, como su lamento, haya sido exhalado por un coro de artistas, y repetido por toda la sucesión de los siglos. Hora, ciertamente, era ya de que cesasen sus martirios, de que se cerraran los calabozos que habían atormentado a sus preclaros hijos, de que los genios italianos dejaran de ser una raza sin hogar, obligada a andar errante de nación en nación, y a morir lejos del amado cielo de la patria.

Subid con el pensamiento a contemplar lo que fué Italia en otros tiempos, y lo que ha sido en el presente siglo, y atónitos y confusos, apenas podéis medir los cambios de la suerte. Florencia, la madre del Dante, de Maquiavelo, de Galileo, apenas podía presentar mas que sus sepulcros y las elegías que, como otras tantas impreaciones, se elevaban sobre las cerradas losas de esos sepulcros al airado cielo, que no lucía ni con un rayo de esperanza. Milan, la ciudad de la corona de hierro, que codiciaron todos los poderosos del mundo, era un cuartel austriaco. Pisa, que con sus naves, unió el Oriente al Occidente; Bolonia, la primera ciudad que dió al mundo las tablas del derecho; solitarias y tristes, apenas veían mas que el peregrino extranjero que iba a renovar en sus sagrados muros antiguas memorias, ó a meditar sobre el dolor y la muerte en sus tristes cementerios. Nápoles, dormida al pié del Vesubio, entre flores y espumas, no era mas que la impura mancebía de los déspotas. Roma y Venecia, aquellas ciudades que dominaron, el mundo la una en la antigüedad, los mares la otra en la Edad Media, se ven holladas por extranjera gente todavía, como diciendo que no se ha concluido el martirio de Italia.

Y ya era hora de que la guerra cesase; de que no derramaran mas lágrimas las madres italianas ni mas sangre sus hijos; de que el genio allí tan solo destinado a entonar elegías y lamentos, tuviera aire para su voz y sus alas; de que dejara de ser el cuadrilátero como la bola de hierro puesta a los piés del cadáver; de que Venecia no viera pasar por sus celestes lagunas los bárbaros descendientes de Atila, ni Roma sintiera el hierro del imperio francés, clavado en sus llagas; de que Italia, la madre de los genios, la musa de las artes, sacudiera la ceniza de su sepulcro, y se levantara para abrir la era de la independencia de los pueblos y proclamar un nuevo derecho en el mundo. La Europa esperaba que sucediera así cuando comenzó la última guerra en Italia. La monarquía piemontesa, con la espada de la libertad en las manos; los ejércitos franceses, vencedores en Magenta y Solferino, renovando los grandes días de la república; el emperador de Austria forzado a guarecerse en el cuadrilátero; la mayor parte de los Estados pontificios, libres de la teocracia; los principes italianos en el destierro, los pueblos en los comicios; la revolución pasando de Génova a Marsala, y de Marsala a Palermo, y de Palermo a Nápoles, como el genio de la victoria; las ciudades italianas, olvidadas de sus antiguas guerras municipales, yendo a depositar sus coronas esmaltadas de bellisimos recuerdos en aras de la patria; el sufragio universal forjando aquella unidad con la cual soñaran tantos genios en toda la serie de los siglos; las mas grandes naciones, las que todavía prestaban culto a los antiguos principios del dere-

cho divino, forzadas á reconocer este milagro de la resurrección de un pueblo; tan grandioso espectáculo era parte á que creyéramos que la justicia divina estaba satisfecha y que la nación mártir, después de tantos siglos de tormentos, recobraba su independencia, su vida.

Ya no era Italia la tierra de los sepulcros. Los buitres que devoraban sus entrañas huían al primer rayo del sol de la libertad. Los pueblos maniatados se levantaban. Los hierros de las cadenas se convertían en espadas apercibidas á conquistar la libertad. Cerrábanse los calabozos donde agonizaran generaciones de mártires. Alzaba la tribuna el génio de la elocuencia y se oía el civilizador ruido de la imprenta. Las palabras «patria, libertad» llenaban aquellos aires impregnados de lágrimas, de sangre y de gemidos de esclavos. Una gran cruzada se alistaba para acabar esta obra, cruzada entusiasta y generosa que creía oír en los aires la voz de Dios, que la llamaba á la guerra santa, á la guerra por la patria.

Los grandes hombres, los que habían soñado con Italia, y habían escrito para Italia, y habían muerto por Italia, como que se despertaban de sus cenizas para ver esta nación que ellos quisieran avivar en vano mil veces, con ideas de su mente, con sangre de sus venas. Los pueblos oprimidos, descuartizados por los tiranos, palpitan de esperanza. Un soplo de vida corría por todo el mundo, y secaba las lágrimas en las mejillas de los oprimidos. «Salud, Italia; salud, soldado de la libertad, decían á una todos los pueblos; Dios te bendice, Dios bendice tus armas, porque vas á pelear por el derecho, por la eterna causa del progreso.» Y la Europa se regocijaba de haber visto formarse de las cenizas de los muertos un gran pueblo.

II.

Porque Europa, el mundo civilizado se conmovían profundamente al ver la resurrección de un gran pueblo. Porque juzgaba que habían concluido los errores de Italia, la cual buscando siempre un cómplice extranjero á sus grandes levantamientos, cambiaba de dueño y añadía un eslabón mas á su pesada cadena. No nos cansaremos de repetirlo; el error de Italia, el que la ha seguido como una sombra maldita, y ha paralizado todos los movimientos de su vida, ha sido el de fiar á extrañas fuerzas la propia independencia, el de buscar un caudillo en extranjeras tierras donde solo podía encontrar un dueño. El pueblo italiano tenía fé en la virtud de su sagrado suelo, del que brotara la idea del derecho y la unidad material del linaje humano, y creía que con solo hollar su polvo sacratísimo, los déspotas se convertían en tribunos y los extraños en italianos. A esto se unía el sueño de su pasada grandeza que le obligaba á volver la vista atrás, á imaginar que eran posibles los tiempos heroicos de la antigüedad clásica, y á tomar por ideal de su esperanza las tinieblas de sus sepulcros, las sombras de sus héroes. Caído el imperio romano, Italia solo piensa en restaurarlo, y encarga su restauración al germano, al franco, al descendiente de los antiguos bárbaros. No era posible la independencia. En algunos momentos Italia al verse dueña del poder moral mas grande que han conocido los siglos, del pontificado, entrega al pontificado la custodia de su libertad. Pero esta institución, que no es solo italiana, sino universal; por su naturaleza, por su vocación en el mundo y en la historia, llama los extranjeros al suelo de Italia, y así no era posible la libertad. Cuando los italianos vieron que los dos grandes poderes universales á cuyo brazo habían fiado su defensa, eran impotentes, aisláronse en los muros de sus ciudades; y nació aquel feudalismo municipal que tanto brillo dió á su gloriosa historia. Es verdad que cada una de aquellas ciudades era un mundo; es verdad que Venecia exploraba el Oriente, que Génova y Pisa reinaban en el Mediterráneo, que Milan resucitaba la antigua cultura, que Florencia era como un nido de flores donde cantaba con voz no oída el génio italiano; pero también es verdad que, divididas entre sí aquellas ciudades, pugnaban, y con sus pugnas no era posible la unidad de Italia. Por la brecha del imperio entraba el germano, por la brecha de los municipios el francés y el español, por la brecha de la teocracia todos los extranjeros; é Italia, la tierra de la civilización, no era mas que un bazar de pueblos esclavos. El mal era tan profundo, tan duradero, que á principios del siglo, un gran poeta que personifica y como que condensa los dolores, la desesperación de Italia, ve entre el polvo de los combates, entre las nieblas del Norte, la juventud italiana peleando, no por el propio hogar ni por sus hijos, sino por sus enemigos, por sus déspotas, en extranjero suelo, sin que le fuera dado exhalar, al caer en la batalla, el grito que debe consolar al que muere por su patria:

*Alma terra natia
La vita che mi desti ecco ti rendo.*

¿Qué era necesario, pues, para impedir esta eterna servidumbre de Italia, para lograr la resurrección de este país, barrera opuesta á los insensatos proyectos de la Santa Alianza, y auxiliar seguro de los pueblos libres? Era necesario que Italia no confiase en el extranjero, sino en sus fuerzas, y que pensara con verdadero entusiasmo en su unidad. La unidad de Italia, única fuerza que puede salvarla; la unidad de Italia no ha sido posible por el odio del extranjero, por el feudalismo y el fraccionamiento municipal, y sobre todo, por la existencia en Roma de un poder cosmopolita, cuya idea humana, universal, exigía, en aras de la humanidad, el sacrificio de la patria. Y para realizar la unidad, soñada por tantos géneos, se necesitaban obras milagrosas, imposibles; vencer á Austria; arrojar de sus tronos á los proconsules austriacos; destruir, pulverizar la corona del rey de Nápoles; ahogar los recuerdos históricos de aquellos municipios gloriosos, ciudades aisladas que valían por muchas naciones; lograr que los viejos poderes europeos vieran, sin desvanecer sus espadas, el nacimiento de un gran pueblo; poner la mano sobre la autoridad mas sa-

grada, mas respetada del mundo, sobre aquella que simboliza la unidad del espíritu, la unidad del cristianismo, la unidad de la Iglesia, y obligarla á deponer su corona terrena; unir en una legión todos esos pueblos, desunidos por su historia, separados en mútuos odios por el egoísmo de sus viejos déspotas; y de esta suerte, por la victoria sobre tantos imposibles, hacer lo que no ha visto el mundo moderno en quince siglos, la Italia una, defendida por los Alpes, asentada en el Mediterráneo, anillo nupcial que une el Oriente y el Occidente; sagrada musa que transforma en grandes inspiraciones, en cánticos sublimes, todas las ideas del linaje humano.

Para lograr este grandioso fin los italianos atormentaban su pensamiento con toda suerte de proyectos. Unos creían que siendo la nación italiana la primera de las naciones por el poder moral que guarda en su seno, unidad maravillosa del mundo moderno, á ese poder moral debía confiarse la salvación de la península y su libertad. Esta idea se hizo hombre, se llamó Pio IX, y demostró en la piedra de toque de la experiencia no ser mas que una ilusión generosa. El pontificado no podía combatir con los austriacos porque los austriacos son hijos suyos como los italianos, y un poder imposibilitado de combatir con los eternos enemigos de Italia, si era universal, no debía ser exclusivamente italiano. Volvieron los ojos de los italianos cansados de llorar, á una monarquía que como nuestra monarquía de Asturias, se levantaba en los desfiladeros del Norte, que grababa en su bandera la redención de Italia, y que llamaba á una misma patria á todos los italianos. Pero esta monarquía que realizó grandes obras, é impulsó el movimiento nacional, ha caído en el error histórico que es la perdición de Italia. No confiando en sus propias fuerzas, si ha libertad parte de Italia del extranjero, ha sido para precipitarla á los pies de otro extranjero no menos alevé. Merced á esta gravísima torpeza, el problema de Italia se encuentra como en el siglo décimo-sesto, entre Francia y Austria; aquella, dueña de Niza y de Roma; esta, dueña del cuadrilátero y Venecia. Las sombras de Francisco I y Carlos V andan errantes todavía sobre el suelo de Italia empapado de sangre, y aparejado á continuar su eterna servidumbre. Como en el siglo décimo-sesto gran parte de Italia fia en el génio francés, y como en el siglo XVI el hombre que representa ese génio después de haber vencido en Solferino, de haber levantado tantas esperanzas en todos los pueblos, de haberse visto seguido de los italianos, aclamado por los húngaros y por los polacos, temido de los opresores de los pueblos, casi excomulgado por el Papa, vacila, tiembla, y va á caer á los pies del Austria y del Papa, y deja la cuchilla, que había querido levantar, hundida todavía en la garganta de la sacrificada Italia. ¿Dónde, pues, se encontrará la salud de Italia, ya que nada pueden ni el Papa, ni Francia, ni el Piemonte en su favor? La salud de Italia está en sí misma. Italia no debe esperar su independencia del extranjero, funesto don que cuesta mas caro aun que la antigua servidumbre. Italia debe convertir el hierro de sus minas en armas, los árboles de sus bosques en chuzos, sus montañas en fortalezas, los campos patrios en campos de batalla, todos sus hijos en soldados, todas sus artes, su literatura, su música en un grito de guerra que atruene al universo, todas sus pasiones en odio inmenso, infinito al extranjero; y de esta suerte levantarse, y en uno de esos momentos sublimes que tienen los pueblos, y en los cuales no resisten nunca los tiranos, lanzar allende los Alpes á su eterno enemigo, fundar su independencia y su unidad, y deberse á sí misma una vida que será bendita, entre las naciones, como santificada por su preciosísima sangre, como adquirida por sus esfuerzos. ¿Y quién es el hombre que representa esta única salvación posible de Italia? Es aquél que desde niño se consagró á la patria; que, soldado de la libertad en todo el mundo, hizo amar el nombre italiano en todas las regiones donde puso sus plantas; que ofrecía su espada á todos los que intentaron pelear por Italia; que nada quiso para sí, y lo quiso todo para sus hermanos; que atravesó el Pacífico, el Atlántico y el Mediterráneo en pos de oprimidos á quienes defender; que sin armas venció á los primeros ejércitos del mundo arrancándoles las armas de las manos y repartiéndolas entre su gente; que soldado de mar en América, y de tierra en Roma, resucitó en sus proezas los héroes de Plutarco; que con mil compañeros de armas ganó un reino, y después de haberlo ganado, lo arrojó de sí, como una joya inútil; que, héroe, dictador, general, el primer hombre de su patria, se redujo á una isla donde cultivaba la tierra como Cincinato ó salvaba los naufragos perdidos en aquellos inhospitalarios mares; que reunió en sí todas las virtudes de su raza, la poesía, la inspiración, el amor á lo sublime, á lo imposible, la pasión por la naturaleza, la dulzura inocente del niño unida á la implacable cólera del guerrero; que ha derramado su sangre, como todos los reformadores, herido por los mismos á quienes quería salvar, para que ninguna aureola falte á sus sienes, ni la del dolor ni la del infortunio; héroe legendario que no merece su siglo, que no merece su patria. Y este hombre se llama Garibaldi.

III.

La historia de Italia en los tiempos modernos, exhala desde las primeras hasta las últimas páginas, un continuo gemido, un profundísimo sollozo. Su literatura es una lamentación eterna, la elejía del génio que llora sobre las ruinas de la patria. Sus grandes poetas han reproducido el infierno, el amor engañoso, la desesperación, las ruinas, los sepulcros, como si no hubiera en su corazón espacio, si no para el dolor, y en su habla voces, sino para el lamento. Los mismos escritores alegres, Boccaccio, Ariosto, Aretino, entristecen y apenan como el bufon que se ve obligado á reír y hacer reír cuando lleva negra noche en el alma. Italia es el país de la música, porque como este arte divino, expresa lo que no puede expresar la palabra humana; Italia confía á la música su

dolores. Por eso hay en sus cánticos una nostalgia eterna, un amor sin esperanza, una melancolía infinita, el eco de todo lo que pasa en el corazón de ese doliente y lacrimoso fantasma que llamamos Italia, enterrada viva como su Julietta por haber amado mucho.

Y, sin embargo, el primer país que ha pronunciado en el mundo moderno la palabra «patria» ha sido Italia. El primer país que ha tenido unidad de literatura, unidad de lenguaje, é idea de unidad nacional, ha sido Italia. «Italia» gritaba el Dante desde Florencia; «Italia» Petrarca desde Avignon; «Italia» Miguel Angel, cuando trasfigurado por los resplandores de su génio, llenaba el mundo de creaciones divinas; «Italia» Maquiavelo, desde los profundísimos abismos de su desesperación; «Italia» todos sus hijos; é Italia, sorda á tantos clamores, á tantos conjuros, no nacía, y era solo como el sueño del génio, una engañosa sombra. Y no han faltado á este país, el primero en concebir la idea de unidad, el último en realizarla, no han faltado á este gran país héroes decididos á sacrificarse en sus aras, y que han dado por ella su sangre. En el siglo XII, al primer albor de la libertad de pensar, nació Arnaldo, filósofo, soldado, monge, que quiso arrancar á Roma su cilicio, y devolverle el cetro de la tierra. Su idea fué su tormento y su martirio. En el siglo XIV, el hijo de un aguador de Roma, se elevó por su génio al tribunado y á la dictadura. Este audaz reformista, que, según Petrarca, hablaba como Ciceron, y obraba como Bruto, se apasionó de la antigüedad, en términos, que hasta su figura parecía como escapada de un bajo relieve. La antigua Roma, el Capitolio eran su ensueño, el Senado y la historia clásica su ideal, la libertad antigua su único deseo. Murió como todos los restauradores que en vez de invocar el génio de lo porvenir se empeñan en hundirse en las cenizas de lo pasado, murió viendo su obra despedazada entre sus manos. Ni la filosofía personificada en Arnaldo de Brescia, ni la historia personificada en Rienzi, pudieron salvar á Italia. ¿Podría la religión? En medio de las alegres fiestas del Renacimiento, se oía una voz plañidera que exclamaba: «haced penitencia, porque se acerca la hora de la muerte.» Esta voz era la de un fraile que la democracia contará siempre entre sus héroes y la libertad entre sus mártires. En aquellos tiempos en que la corte de Alejandro VI era como Sodoma; cuando parecía que acababan de resucitar en el Vaticano las costumbres de Tiberio ó de Calígula, y toda Italia se hallaba convertida en una inmensa voluptuosísima orgía por donde corrían mezclados la sangre y el vino; un santo, un profeta, uno de aquellos hombres elegidos de Dios que solo viven la vida del espíritu, produce un gran movimiento libre, pero religioso, en que parece que la conciencia humana revela de nuevo la ley moral á un mundo decaído y decrepito, en que un soplo de vida pasa por la sociedad como si el aliento de Dios bajara para crearla de nuevo purificándola de sus crímenes; é Italia suspende por un instante su cántico, y sigue al que impulsaba tal movimiento, á aquel hombre, vestido de sayal, descalzo, macerado por el ayuno, que con una mano le muestra los ángeles exterminadores, descendiendo del cielo, á borrarla para siempre de la tierra, y con la otra el altar, la penitencia, como única salud en su irremediable perdición. La voz del monje aterra á todos; á los mercaderes de Florencia, porque predica el menoscabo al lujo; á los nobles, porque predica la igualdad; á Alejandro VI, porque predica la virtud; á los monjes, porque prefiere al capelo de cardenal la corona del mártir; hasta que, víctima de tantos odios, muere en la hoguera, maldecido del pueblo, á que consagrara su génio; apedreada aquella faz, en la cual se reflejaba el espíritu de Dios. De suerte, que Italia ha tenido en su defensa el génio del arte, el génio de la guerra, el génio del dolor, y todos han sido desgraciados como su patria. Y cuando, después de tantos siglos de padecimientos, las entrañas de Italia parecían estériles, ha nacido un héroe que brilla ya á nuestros ojos, con todo el privilegio de la poesía, con todos los mágicos encantos de la leyenda. Contéplomosle un instante.

IV.

No vamos á hablar de un poderoso, sino de un vencido, de un moribundo, de un génio que desaparece, herido por los mismos á quienes quería defender y salvar, y por cuya gloria y grandeza peleaba. Hoy que la muerte bate sus negras alas sobre el héroe, comienza el juicio severo de la historia, y se levanta al borde de su tumba entreabierta, la voz de la posteridad. La historia, la posteridad, dirán que no era un hombre de nuestro tiempo, sino uno de aquellos varones que esculpió, al espirar el mundo antiguo, como eterno ejemplo, como eterna enseñanza, la delicada mano de Plutarco, el escultor de los escritores. No hay en su carácter rasgo alguno, ni en su vida hecho que no sea propio de la leyenda, de la epopeya. Es el héroe de la tragedia clásica, que, cuando no puede presentarse en el mundo con grandeza, elevando su frente sobre todas las frentes, y haciendo obras maravillosas y extraordinarias, desaparece, se esconde, como para contraer su pensamiento á la meditación de alguno de esos proyectos gigantescos, que son superiores á las fuerzas de los hombres, y que parecen sueños de un poeta. Y es porque tiene todas las virtudes, todas las cualidades de su raza, el génio de aquella ciudad que dominó á todas las gentes, en virtud de que tenía algo de todas las gentes, en su carácter humano, cosmopolita. Garibaldi es poeta. Su pluma es la espada, y su poema es la Italia que él ha creado como no se atrevieran ni á soñarla siquiera sus preclaros hijos, libre y una. Garibaldi es, como el antiguo romano, amante de la naturaleza, donde encuentra el regazo que ofrece descanso á su inquieto pensamiento. Después de haber asombrado al mundo, aterrado á los déspotas, se retira á su isla, rompe con el arado la tierra, surca en su barquilla las ondas; es agricultor, navegante, y en esta vida tranquila no abandona á sus hermanos; y cuando los ho-

rizontes se oscurecen, y las mares se encrespan, se lanza a la tempestad para arrancar los naufragos a la muerte. Hay en él, sin duda alguna, ese espíritu de desinterés, de abnegación, de caridad que ha hecho todos los milagros que nos asombran en el mundo. Cuando la corrupción ha llegado a penetrar hasta los huesos de la mayor parte de los hombres; cuando solo se mueven por una hora de poder todos los repúblicos de Europa; cuando se cometen tantos crímenes y se vierte tanta sangre en aras de la ambición, del orgullo; cuando gobiernos pequeños, miserables, corruptores, poniendo precio a todas las conciencias, no encuentran conciencia que no se venda; cuando la imbecilidad en un punto, el vicio en otro, el perjurio y la traición ocupan el lugar que debiera estar reservado al genio y a la virtud, en este oleaje amarguísimo de bajas pasiones que todo lo mancha, entre este ejército de pretendientes que abren las manos para cojer empleos, condecoraciones, títulos; ver un hombre desinteresado que solo tiene la vida para sus semejantes, que solo ciñe espada para los pueblos, que levanta del polvo una corona y la arroja de sí como si le quemara las manos su contacto, que despues de haber sido dueño de la suerte de un pueblo conquistado a la libertad por la virtud sobrenatural de su genio, se retira sin un título mas para su nombre, sin una moneda mas en su peculio, sin una condecoración mas en su pecho, sin un palmo de tierra mas en sus pequeñas propiedades, satisfecho con su conciencia, pagado con el placer de dar la vida del alma a ocho millones de esclavos; ver un hombre tan grande, tan superior a las bajas ambiciones del mundo, es un consuelo que enjuga nuestras lágrimas de vergüenza y nos promete días de gloria, días de salud para la sociedad, capaz aun de engendrar tantas virtudes.

Mirad un instante su vida, que es la leyenda de nuestro siglo. No parece vida real, histórica, sino hechura de un poeta que ha atormentado su imaginación para crear maravillas. Nace en Niza en 1807. La Italia es un calabozo, en ella no pueden respirar los libres. Garibaldi huye de su nación; pero jurando no descansar un punto hasta libertarla de sus tiranos. El mar fué desde entonces como su patria. Allí, en la contemplación de lo infinito creció su alma, en la lucha con las olas su valor, y en el dominio sobre los vientos la conciencia de su libertad. Su estrella le llevó al Nuevo Mundo, región donde hay espacio, mucho espacio para las caballerescas empresas, para los titánicos trabajos de este Roldán de los pueblos. En la pampa inmensa, en los bosques inexplorados, entre aquella naturaleza que parece llevar en su grandeza las huellas de la mano creadora, seguido de sus camaradas, mártires como él de la libertad, que no tienen patria, se embosca en las selvas, se pierde en los desiertos, se lanza a los mares, atraviesa los ríos a nado, huella las cimas de los volcanes y las regiones de las nieves eternas; ya habita con el tigre, ya con el condor; y cuando parece perdido vuelve a las puertas de la ciudad que le ha confiado su defensa, cargado con los despojos de sus enemigos, con los trofeos de su victoria. Con quinientos hombres ha vencido un ejército; desde una lancha ha humillado una escuadra; como si él solo fuera una nación ha capitulado con las naciones. ¿Dónde había un tirano? Allí tenía Garibaldi un enemigo. Dígalos Rosas. ¿Dónde había un pueblo que peleara por la libertad? Allí tenía Garibaldi un hogar. Dígalos Montevideo, la Troya del Plata. Su corazón no ha tenido mas que un deseo, como su genio no ha tenido mas que una estrella; la libertad de los pueblos.

Y viene el año geneisico de 1848, y la Italia se levanta al grito de libertad. Una esperanza hace estremecer de gozo a todos los italianos. Los proscriptos vuelven a besar el polvo sagrado que contiene las cenizas de sus mayores. Garibaldi lo sabe, y abandona la América. Misionero armado de la libertad, pone en un barco familia, amigos, y se lanza a los mares, fiado en Dios, y en la causa que defiende. ¿Qué emoción podría compararse con la suya, al descubrir entre los celajes del Mediterráneo la amada Italia! Ignora todo lo que ha sucedido durante su larga y penosa travesía; pero desenvaina su espada y pregunta quién pelea por Italia. ¿Es Pio IX? Su espada está a las plantas de Pio IX. El Pontífice le rechaza. Garibaldi corre a buscar a Carlos Alberto. Este rey le rechaza también. No importa, Garibaldi no ha menester ni del rey ni del Papa. El encontrará armas donde quiera que encuentre enemigos, porque se las arrancará de las manos. El encontrará ejército donde quiera que haya hombres libres, porque les hablará el lenguaje de la libertad. El encontrará recursos donde quiera que haya madres italianas que anhelan la redención de sus hijos; porque compartirán con él su amargo pan. Y pelea solo con los austriacos, que le temen como si fuera el genio de Italia hecho hombre y pronto a tomar venganza de una esclavitud de quince siglos.

Mas en esto, la libertad, tantas veces ahogada, se levanta sobre las ruinas de Roma. Garibaldi corre a su defensa. Los romanos, al verle, creen que han resucitado sus antiguos héroes. En las Asambleas es un Camilo, en la plaza pública un Graco, en el campo de batalla un Mario. Tres naciones, de las mas poderosas del mundo, fueron necesarias para aherrojarle. Cayó entre las piedras sagradas de Roma; pero con su sangre reverdecieron los antiguos laureles. Todavía la libertad italiana encontraba su último refugio en las claras lagunas de Venecia. Garibaldi, con los soldados que le quedan fieles, se propone una retirada que ha asombrado al mundo, aun despues de la retirada de los diez mil griegos. Entre ejércitos franceses y austriacos; pasando por poblaciones vencidas é inmoladas, por campos que el extranjero acaba de dejar yermos; acosado de sus perseguidores; sin recursos, sin un pedazo de pan que llevarse a la boca; sabiendo que la fuga es imposible, y que caer en manos de sus enemigos, equivale a la muerte, llega incólume a recojer desde lejos en su pecho, el postrer suspiro de la libertad de Venecia. El viento contrario, y la adversa

suerte, le arrojaron de aquellas playas, y despues de haber despedido a los trescientos que le seguian, anduvo oculto por montes y por valles, burlando la vigilancia austriaca. En esta retirada perdió aquella mujer heroica que se le uniera en el Nuevo Mundo, que tuvo por hogar una barca perdida en el Océano; y por fiestas nupciales las batallas; ya abandonada por la varia suerte de las armas en el desierto; ya encerrada en oscurísimos calabozos; mujer heroica, que vivió al lado del héroe, entre el fuego de la guerra, siguiéndole siempre, contemplándole siempre, mientras la muerte se cernía sobre su frente, y aunque devorada por el dolor, alentándole a pelear, hasta que cedió a la debilidad de su sexo, y fué a morir, errante, sin hogar, sin patria, al mismo tiempo que moría la libertad en Italia.

Vencida su causa no parece sino que Garibaldi ha desaparecido del mundo. El hombre que había tenido tantas Repúblicas en sus manos, necesitaba para sustentar a su familia, darse a la arriesgada vida del mar. Capitaneaba un buque mercante, y aparecía, ya en la China, ya en el Perú, ya en Túnez, como si necesitara no descansar un punto, para que no lo consumiese el fuego de su actividad. Pero en 1859 le sorprende la noticia de la guerra de Italia. Al punto abandona el mar, sus naves, su comercio, y ofrece a Italia su espada. En tanto que los generales proyectan y arreglan sus planes de batalla, él corre a buscar los austriacos, y cuando creen estos no tener ningun enemigo enfrente, Garibaldi ha vencido su retaguardia. Los pueblos del lago de Como, le saludan como el nuncio de la libertad de Lombardia; los ejércitos de los despotas le temen, porque su presencia es para ellos una segura derrota. Ningun guerrero ha poseído en los tiempos modernos fuera de España, su prontitud y celeridad en los movimientos, su seguridad en los golpes, y su rapidez en la victoria. Es de esa raza de guerrilleros españoles, héroes de la independencia; raza que empieza en Viriato y concluye en Mina. Su expedición a las Dos Sicilias lo prueba mas que ningun otro hecho de su vida. Todo el mundo desconfia de aquella expedición; solo él tenía confianza en el genio de Italia. Con mil hombres se entrega a merced de las olas y de los vientos. Desembarca en Marsala y al ver no mas la sombra de su bandera corren a buscarle los pueblos. Va a Palermo y sucumben a sus pies los ejércitos de los despotas. Corre a Nápoles, y huye en su presencia la funesta sombra de la monarquía absoluta. Recoge del lodo la corona que una raza infeliz no ha podido sostener en sus sienas heridas para grandes remordimientos, y lo cede al hombre a quien creía el primer soldado de Italia. Ejerce la dictadura, y le falta tiempo para deponerla y abandonarla huyendo de los halagos de la fortuna ¡el! que nunca ha huido de los golpes de la desgracia.

En su isla es la providencia de todos. Cultiva el campo como el último de los jornaleros. Trabaja en el mar como el último de los marineros y de los pescadores. Cuando ya ha empapado con su sudor la tierra, tiende sus redes, y cuando sus redes se hallan henchidas de pesca, la reparte entre los pobres. En aquel retiro, en aquella soledad vive como la providencia para todos. ¿Cuantas veces el naufrago que ya había perdido toda esperanza le ha visto aparecer como un genio sobrenatural entre las olas y arrancarlo a los furiosos del mar! Y este hombre que ha sufrido tanto en su vida; que ha empeñado mil combates; que ha oído sin cesar el ruido de las armas y los ayes de los moribundos, tiene un amor tan grande a la naturaleza que muchas veces ha suspendido una marcha, por oír el canto del ruiseñor, ó por contemplar las estrellas del firmamento. Es el representante mas fiel de su raza. Es guerrero como Mario; orador y tribuno como los Gracos; amante de la libertad como Arnaldo de Brescia; apasionado de los antiguos recuerdos clásicos como Rienzi, religioso, místico como Savonarola, cosmopolita como César, indiferente a las honras del mundo como Cincinato, dispuesto el primero a arrojarse a la sima por su patria como Quinto Curcio, y para que nada falte a su leyenda, es desgraciado; y su fin, como el de todos los héroes, como el de todos los hombres tocados por el dedo de Dios en la frente, es el fin del genio, la desgracia y el martirio, última corona que le faltaba para brillar sobre todos los hombres de su siglo. Guerrero, navegante, tribuno, vencedor, dictador, Washington de su raza, creador de un pueblo, místico, religiosísimo, siempre con la idea de Dios en la mente; orando como los héroes de la Edad Media entre las batallas; convertido en un niño despues de la victoria; hombre que resiste el fuego de cien ejércitos y no puede resistir a una lágrima de una mujer, puede decirse que es el único hoy en Europa que tiene el temple heroico que necesita el alma humana para que Dios la crea digna de sublimarse en el sacrificio.

V.

¿Y será verdad que este hombre se halla herido, preso, moribundo, maniatado por los italianos, que sin él no tendrían patria? ¿Es verdad que Cialdini ha cortado brutalmente las alas de su genio? ¿Es verdad que Ratazzi lo ha vendido a César? ¿Es verdad que Pallavicini lo ha asesinado? ¿Es verdad que el Senado italiano se reunirá y lo juzgará, y lo condenará a muerte, y Victor Manuel, que le debe la corona de Italia, cometerá el crimen de creer que tiene autoridad para perdonarlo? ¿Es verdad que no habrá en Italia, en esa tierra donde hay espacio para millones de esclavos, para treinta mil franceses, para los tiranos de Nápoles, en esa tierra no habrá un rincón siquiera donde pueda albergarse el que la ha formado para la libertad, para el derecho, Garibaldi?—¿Es verdad todo esto, y aun se dice que hay justicia, que hay libertad, que hay patria en el mundo?—

La historia no registra una ingratitud tan monstruosa como la ingratitud de Victor Manuel. La historia no registra un crimen parecido al que acaba de cometerse con Garibaldi. Se necesita abrir las páginas de la historia, amontonar todas las ingratitudes de todos los monarcas

del mundo, y sumadas, todavía no alcanzarán a producir la ingratitud de Victor Manuel. Al entregar a Garibaldi acaba de entregar la Italia a su enemigo. En vano pedirá de rodillas a Roma; el César no dará Roma, porque despreciará a sus cortesanos. No se crean los grandes pueblos con traiciones, y no se afirmen con crímenes que abomina la conciencia humana. No será Italia obra de los que se han arrastrado a los pies de Napoleón, de los que han inmolado en aras de Napoleón el genio de la patria. No concede Dios los grandes bienes a tan miserables seres. El maquiavelismo podrá crear un César Borgia; no creará nunca un Savonarola, un Garibaldi. La obra de la iniquidad pasará como el mal; la obra de la virtud será eterna como Dios. La Italia de Ratazzi no es la Italia del Dante, de Miguel Angel, no es el templo del genio, es el país maldito de los Borgias, es la impura prostituta que toma un abortivo porque le duele ser madre. De la nación que era el Lázaro de los pueblos, levantándose de su sepulcro, y llamando a sí las naciones, han hecho los moderados, los doctrinarios, los diplomáticos, la Mesalina del César. ¡Maldición sobre los que han deshonrado a la mas grande de las naciones! ¡Maldición sobre los que han destruido con mano aleva la gran obra de la Providencia! La libertad de Italia será, pero será por obra de la revolución, por obra de la democracia.

EMILIO CASTELAR.

El Sr. D. Augusto Ulloa envió el 14 su dimisión al general O'Donnell, que no le fué admitida; pero anteayer el director de Ultramar insistió en ella.

Parece que es cosa resuelta el nombramiento del Illmo. Sr. D. Pedro Prat, para intendente de la Habana. El Sr. Prat es un antiguo y probo empleado: sucesivamente ha desempeñado los cargos de contador y director de Correos, y el de superintendente de la isla de Puerto-Rico. Su larga carrera, sus muchos servicios, le hacen acreedor a la colocación que le ha dado el Gobierno. El puesto de intendente de la Habana es delicado y espinoso; y la buena fama, la justa opinión de que disfruta el agraciado, son la mejor garantía de su conducta futura en el desempeño de su cargo.*

La Patrie niega que las fuerzas francesas mandadas a Méjico asciendan a 60,000 hombres y se cree autorizada para manifestar que no pasarán de 50,000.

El vapor Puerto-Rico llegó el 17 a Vigo con 84 pasajeros: ha empleado en la travesía diez y siete días y veinte horas, habiendo tenido un tiempo malísimo y sufrido un horroroso huracán el día 10.

ACLARACIONES.

La Epoca reprodujo el 19, cediendo a una PETICION que dice se le dirige, el siguiente suelto, que La Correspondencia publicó hace ya muchos días:

«Diga lo que quiera Las Notedades, y opine como quiera La Epoca respecto a la aprobación dada por el general Serrano a la retirada de nuestras tropas de Méjico, nosotros estamos en el caso de declarar que esta aprobación es ciertísima.»

La Epoca, despues de publicar las anteriores líneas, añadió lo siguiente:

«La Correspondencia, en esta como en muchas otras cuestiones, ha andado sobrado ligera; porque, diga lo que quiera el periódico noticiero, es inexacto, de todo punto inexacto, y ASI SE NOS PIDE QUE LO CONSIGNEMOS, ya que la imprudencia de dicho diario lo ha hecho indispensable, «que el general Serrano «haya aprobado ni apruebe el reembarque de nuestra tropas: «lo ha desaprobado y lo desaprueba,» por mas que el duque de la Torre, en su probado patriotismo, esté dispuesto a no crear ahora ni nunca embarazos a la actual situación, y por mas que deplorase, como lo hemos deplorado nosotros, que el ministerio se viera en la necesidad de aprobar hechos consumados.

El duque de la Torre pudo convenir en que, una vez en disidencia el general español y los gefes franceses, era necesario dirimir este conflicto de un modo que no se ofendiese la dignidad del país; pero no ha creído nunca que nuestras tropas salieran de Méjico, ni que abandonáramos la expedición, despues de los gastos hechos y de la justicia de nuestras reclamaciones, sin obtener el menor resultado, «como no aprobó «tampoco el tratado de la Soledad, origen efectivo de todos los «conflictos que vinieron despues, como lo preveía ya el despa- «cho dirigido por nuestro señor ministro de Estado al conde de Reus, en que con tan buenas formas, pero tan fuertemente, se censuraba aquel tratado.»

El Diario Español acepta en un todo la declaración de La Epoca y la reproduce en su número de anteayer.

La Correspondencia de anteanoche publica el siguiente párrafo.

Los que piden a La Epoca que consigne que es de todo punto inexacto que el general Serrano haya aprobado ni apruebe el reembarque de nuestras tropas en Méjico, la han engañado lastimosamente. Estamos seguros que el general Serrano, ni nadie, autorizado en su nombre, ha podido dar ese méxitis a lo que dijimos en el párrafo a que alude La Epoca; pero si así fuese, podríamos contestar victoriosamente con autoridad competente en la materia y con documentos irrecusables.

El señor general Serrano, segun datos irrecusables que obran en poder del director de La América, formuló la opinión de que a la altura que las cosas llegaron el 7 de Abril en Orizaba, no podía permanecer en Méjico el marqués de los Castillejos, pero si las tropas españolas.

La conocida actriz doña Carmen Carrasco, saldrá en el próximo paquete para Cuba, donde permanecerá al lado de su familia algunos meses. Creemos que los empresarios de los teatros de la isla se apresurarán a contratar a esta bien reputada actriz, de cuyo mérito tal vez tengan ocasion de juzgar nuestros hermanos de Cuba.

DE LA NOBLEZA
CONSIDERADA COMO ELEMENTO POLÍTICO.

(Conclusion.)

Si la nobleza considerada como condicion social, sin atributos de ningun otro género, es buscada, solicitada con afán, y alcanzada con plácemes y enhorabuenas, ¿qué será cuando a aquella distinguida clase va unido el crédito que proporciona el poder, las atribuciones augustas del legislador, ó la influencia política que tantos goces proporciona? Verdaderamente, en los Estados modernos la nobleza es una sombra apenas perceptible, impalpable, confusa, hasta el punto de ser difícil probar su existencia, si no lleva consigo una participacion mas ó menos activa, una influencia mas ó menos eficaz en los negocios públicos. ¿Qué importa llamarse Giron, Osorio, Pimentel ó Rodriguez, Fernandez, Lopez, nombres patronimicos, apellidos ilustres algun día, como que fueron los primeramente conocidos, hoy ya vulgares, á fuerza de comunes? ¿Tienen los que llevan los primeros algun privilegio sobre los que llevan los segundos? Ninguno. Pagan igualmente las contribuciones; unos mismos tribunales dirimen sus contiendas; unas mismas leyes amparan y defienden sus derechos: el voto de sus conciudadanos lleva á unos y otros á los cargos concejiles, á los empleos mas elevados en la magistratura y en la milicia, y á veces un Juan Fernandez, por causas que serán comprendidas fácilmente del lector de este artículo, encuentra menos obstáculos para ocupar una silla ministerial que el claro descendiente de nobilísimos abuelos. Desde que las Constituciones modernas, interpretando fielmente las leyes naturales, y siguiendo á la letra los preceptos del Evangelio, declararon á los hombres iguales ante la ley, como la legislación divina los habia declarado iguales, ante Dios, cesó toda acepcion de personas, todo privilegio irritante, toda excepcion injusta; y contando cada ciudadano con su actividad natural, con su trabajo personal, con las dotes de su entendimiento y de su corazón, aspiró á distinguirse de los demás, á llamar la atencion de sus iguales, á superarlos engrandeciéndose, á recibir por su trabajo y su mérito el galardón debido, no á lo lustre de su cuna, no á ciegos caprichos de la casualidad ó de la fortuna, sino á sus obras dignas de recompensa.

Si de tales afanes han participado los que, al mismo tiempo que celosos partidarios de la reforma social en el sentido de que hablamos, coronaba su frente una corona ducal y su persona un nobilísimo apellido; si la historia de su familia estaba unida á las glorias de su nacion, la aureola entonces era mas brillante, y los competidores escasos; y si toda una generacion de condes, ó duques, ó patricios, reunia estas dos excelentes cualidades, á saber, el antiguo origen, y las exigentes condiciones de la edad presente, feliz nacion y feliz reino; entonces puede considerarse como de todo punto asentado y firme el gobierno representativo; entonces sí que no hay que temer á la demagogia turbulenta, ni á la tiranía del monarca, ni á favoritos desecados, ni á mediocres cortesanos, ni á intrigas de cuartel, serrallo ó sacristia.

Cuando la primera nobleza de un país, la nobleza histórica, al glorioso blason que ostenta, sabe unir la educacion liberal, que es propia de los tiempos modernos; cuando cultiva con fruto las bellas artes, ó es su mas generosa protectora; cuando la caridad es el norte de su conducta; cuando con sus obras ampara al pobre, y con su palabra los derechos del ciudadano; cuando defiende la libertad de todos con las armas en la mano; cuando con sus consejos liberta á su patria de agresiones injustas, ó las repele con la fuerza en la ocasion; cuando mantiene intacto el honor de la bandera, y sin mancilla el nombre nacional; cuando, por último, la ciencia es su ocupacion favorita; el noble ejercicio de las armas, su recreo; el Parlamento, su ambicion; la elocuencia su entusiasmo, y la libertad su idolo; entonces, como antes hemos dicho, la aristocracia es el elemento mas fuerte de la monarquia liberal, de la libertad, del orden y de la gloria de un país.

Llenas están las historias de los famosos trabajos, coronados con gloria, que las aristocracias emprendieron, y de la elevacion á que llevaron durante muchos siglos, á los pueblos en que dominaron. Fuerza es confesarlo; pocas cosas ha fundado la democracia sólidas ó estables; sus obras se asemejan al autor que las produce; la condicion del pueblo es mudable; sus impresiones, repentinas; su responsabilidad, como colectiva, ninguna; sus injusticias muchas. Y como nada de lo que es injusto, es duradero, de aquí claramente se deduce, y la historia lo confirma, que los gobiernos, semejantes á los edificios contruidos en movizada arena, tuvieron corta y laboriosa existencia, y sucumbieron fácilmente, minados desde un principio, por rivalidades, por enconados odios, y mas que nada, por odiosas envidias, causas todas para la persecucion de la virtud, del talento y de la gloria. La respuesta del Ateniense, dando razon de por qué daba su voto para desterrar á Aristides, «doy mi voto, porque estoy cansado de oírle llamar el justo,» es la prueba mas evidente de cuanto llevamos dicho, y el antecedente preciso de la ruina y sucesiva dominacion de la república griega por los tiranos, hasta caer en las manos de Filipo y de Alejandro.

No hay un solo ejemplo del triunfo duradero de una democracia en la larga serie de los siglos; no existe una obra que haya resistido al tiempo; ni idea fecunda que en provecho de la humanidad haya ejercido su benéfico influjo. Las repúblicas de Grecia y Roma, cuya moral es tan dudosa hoy, cuyas injusticias nos repugnan, por ser tan contrarias al derecho civil y de gentes, que es nuestra pauta, no podian vivir sin la esclavitud, que ciertamente no admitirian hoy nuestros demócratas; las repúblicas italianas de la Edad Media, foco perenne de guerras exteriores, y de rencillas intestinas, no son mas

que un periodo tristísimo de desgracias, transitorio por fortuna, en el cual las proscripciones se suceden las unas á las otras, sin mas luz que la fuerza, sin otra fuerza que la que la casualidad ó la astucia proporcionaban. Un ejemplo vivo de Estado democrático existia para confusion de los publicistas monárquicos, para los observadores políticos, para los que tenían en poco las democracias antiguas y las de los siglos medios, para los que acusaban á las primeras de injustas, veleidosas y crueles por la muerte de Sócrates y á la segundas por la persecucion del Dante; este ejemplo era la república de los Estados-Unidos; y aunque el ser un pueblo nuevo, sin tradiciones ni historia, situado al otro lado de los mares, daba motivos fundados para conciliar la primera opinion con la existencia de una democracia siempre en auge, siempre progresando en riqueza, en bienestar, en artes, en industria, y hasta en literatura; los argumentos, sin embargo, no eran de todo punto contestados; y ya los contrarios gritaban: «Victoria», cuando la providencia se encargó de deshacer el encanto, presentando á nuestros ojos el espectáculo de un pueblo dividido, armados y luchando sus hijos, las ciudades saqueadas, los campos incendiados, con muestras de violencia tal, de tanta crueldad, y tan excesiva barbarie, que igualan si no esceden á las que en tiempos antiguos, dieron á la Europa atemorizada las hordas de los pueblos septentrionales. Y no queremos, al hablar de democracias, citar los alientos populares de un día; los imperios del terror; las sangrientas y detestables farsas republicanas, en las cuales, á antiguas y nobles dinastías fueron substituidas dinastías de tribunos, para oprobio de la humanidad.

Es de todo punto cierto, que la libertad ha estado siempre al lado de las clases privilegiadas; la Polonia tuvo libertad, y tambien aristocracia; la Hungría, antes de su anexion á la corona de Alemania; la Inglaterra siempre; y hoy, sin peligro de equivocarnos, es la única nacion en donde se disfruta de un privilegio, que en vano quieren y disputan pueblos europeos. En Italia hay agitacion, quizás principio de guerra civil, pero libertad no hay, pues no deben confundirse los medios para conseguirla, quizás con buena fé equivocados, con el fin á que con tanto afán se aspira. Por todas partes en esta época que hemos alcanzado se oyen las voces descompasadas de la democracia que anuncian la gran conquista de las ideas amenazando dominar al mundo. Los escritores predicán con inusitado fervor las doctrinas que han de elevar á la multitud á la participacion del poder público; se considera como un derecho usurpado, el gobierno de los pocos; se proclama como un deber los esfuerzos de los muchos para reivindicarlo; por todas partes se organizan los nuevos partidos y dan al aire sus enseñanzas que consideran virgenes, no siendo sino señales estropeadas de viejas preocupaciones, de ensueños inocentes, ó de culpables desvarios. Los clubs de toda Europa se juntan, se asocian, se confunden; los adeptos se saludan con los mas tiernos afectos de hermanos y correligionarios; sin embargo, el triunfo cada día se demora mas, y basta una tentativa arriesgada para llevarlo á cabo, basta que amenacen con la fuerza para imponer la doctrina que se llama salvadora, á la generacion presente, cuando otra fuerza, representante legitima de la sociedad, desvanece la nube amenazadora, asegurando despues de la loca tentativa, la tranquilidad y el sosiego para largo tiempo, ya sea que los adeptos teman, ya que la sociedad, sobre aviso, se apreste á la defensiva.

¿Han ganado las ideas democráticas, se hallan inmediatas las formas republicanas, consecuencia natural de tanto estudio, de tanta predicacion, y de tantos peligrosos compromisos? Veámoslo.

Dos siglos há que la Europa se hallaba dividida en veinte y cinco Estados soberanos: contábase entre ellos doce monarquías hereditarias, cinco electivas y siete repúblicas. Figuraban á la cabeza de los Estados electivos dos grandes imperios, á los cuales saludaron las generaciones de muchos siglos con el nombre de santos, á saber: el santo imperio romano, y el santo imperio germánico; eran los otros los reinos de Dinamarca, Hungría y Polonia. Gobernábanse como repúblicas: los Países Bajos, la Suiza, Ginebra, Luca, Ragusa y Génova. Los demás eran monarquías hereditarias mas ó menos templadas, segun su historia, el carácter de sus reyes, y la paciencia de los súbditos. La ley natural del progreso social, andando los tiempos, debia haber convertido los Estados hereditarios en electivos, y los electivos en repúblicas, de manera que si la division política de la Europa hubiera sido igual á la del principio del siglo XVII, hoy debia tener la Europa doce repúblicas, y trece Estados electivos, contando á Malta, hoy colonia inglesa, en lo antiguo pueblo libre, medio religioso, medio militar, con soberano electivo, y con formas de gobierno que de todo participaban. Y dentro de cincuenta años, siguiendo la misma ley del progreso, todos los Estados debian estar convertidos en repúblicas, verificándose uno de los extremos de la profecía de Napoleon, «La Europa dentro de cincuenta años será republicana ó moscovita.» Y como despues de la forma republicana no hay mas allá, habiendo alcanzado ya la humanidad, á fuerza de constancia y valor, llegar hasta las columnas de Hércules políticas debia gravar en sus trozos el *non plus ultra*, y renunciando desde entonces á la ley del progreso, permanecer republicanas todas las naciones hasta la consumacion de los siglos. Esto ha debido suceder, esta es la consecuencia necesaria y lógica de la teoria, pero la práctica ha venido á dar un solemne mentis á la teoria, y á la magistral decision del Emperador Napoleon, y cosa extraña y sorprendente, al abrir y estudiar hoy el mapa político de la Europa, vemos con admiracion, que todas las monarquías electivas se han convertido en hereditarias, exceptuando el Santo Romano Imperio, y eso por razones fáciles de comprender; que todas las Repúblicas han desaparecido, á excepcion de la Suiza, inofensiva de todo punto, encerrada en sus ásperas montañas, sostenida por fuertes y poderosas naciones contra la codicia

agena y sus propios desmanes: sin otra aspiracion ni mas deseo que el de vivir en paz, y servir mediante un conve-nido estipendio á los reyes, y defendiendo todas las causas buenas ó malas, no cual conviene á hombres libres, sino á siervos asalariados. En esta grande y maravillosa trasformacion, en que no reparan los que creen que el progreso de las ideas políticas, consiste en democratizar la forma de gobierno, se comprende toda la historia de las naciones de Europa. Y despues de examinar las causas que han producido resultados tan sorprendentes, ¿qué consecuencias se desprenden, qué pronósticos hacen los historiadores filósofos? Las monarquías electivas perecieron por ser deletéreo é infecundo el principio que las constituia, porque no el mérito, sino la intriga ó la fuerza sustituian al derecho hereditario; porque los odios, las envidias y las rivalidades, eran causa frecuente de disturbios y trastornos, haciendo la paz insegura, y de la guerra continua la ley constante de aquellas sociedades. Por eso perecieron, porque es ley fija é invariable, tanto en el mundo físico como en el mundo moral, que los cuerpos que contienen sustancias nocivas ó contrarias al principio que les hace vivir, mueren de muerte repentina, despues de arrastrar algunos años de vida enfermiza y miserable. En la naturaleza como en la sociedad, el orden es la regla constante y segura de todo el mecanismo que observamos y admiramos; el desorden la excepcion. Si las pasiones de los hombres turban de vez en cuando la apetecida tranquilidad, si alteran ó combaten las reglas de que hemos hablado, la calma sucede pronto á la tempestad, no sin haber fecundado alguna vez el terreno que los abusos ó la injusticia habia esterilizado.

Si nos ocurren estas consideraciones al hablar de las monarquías electivas, del siglo XVII, ¿cuántas otras no vendrán á nuestras mentes, al hablar de las repúblicas que entonces tambien se enseñoreaban en la Europa, una entre otras mas poderosa que las muchas monarquías, y cuyo pabellon ondeaba sin rival en el Mediterráneo desde su parte mas occidental hasta donde el turco con pujanza amenazaba la cristiandad? ¿Qué de guerras, qué de luchas violentas, qué de muertes y proscripciones! Los *Riachi* y *Weri* de Florencia, los *Fregori* y *Adurni* de Génova, los *Colonesi* y *Orsini* de Roma, los *Guelfos* y *Gibelinos* de toda Italia con sus odios y rencillas, sus turbulencias y crímenes despedazaban las entrañas de la patria, y conculcando los principios de la justicia, destruian desde los cimientos hasta la cúpula el gobierno republicano, enseñando que aparentaban defender y bajo la cual militaban. Y Venecia, á pesar de su grandeza y de su idioma republicano, era un pueblo libre, tal como hoy conocemos los pueblos libres. ¿Habia algun ciudadano que gozase en paz del don precioso de la libertad que Dios ha concedido al hombre? ¿Estaba alguno exento de la delacion que mantenía el mas vil espionaje? ¿No eran víctimas del puñal ó del veneno los mas ilustres ciudadanos? ¿Daban seguridad ó inmunidad los mas eminentes servicios ó las mas elevadas categorías? ¿Qué idea moral dominaba en un gobierno en que la dignidad del hombre, apenas reconocida, se veía á cada momento hollada, como que toda aquella artificial máquina estaba fundada en el espionaje, la delacion, la venganza privada y la supercheria? Sistema de desconfianzas, y por consiguiente de vigilancia y de policia. Vigilaba la conducta del Dux toda la república, á la república el Gran Consejo, al Gran Consejo el Senado, al Senado el Tribunal de los Diez, al Consejo de los Diez los inquisidores de Estado, y á estos, en casos apurados, la campana de San Marcos, tan célebre en la historia veneciana como el Libro de Oro de la nobleza. Así una tras otra fueron cayendo las repúblicas italianas, convirtiéndose en monarquías ó perdiendo su independencia, formando parte de Estados vecinos.

A propósito no hemos hablado de dos grandes naciones, de dos colosos, que tienen muchos años hace el privilegio de dirigir la política europea y de atraer como á un centro luminoso las miradas, y á veces la admiracion de los hombres distinguidos del mundo moderno: la Inglaterra y la Francia fueron tambien repúblicas. La primera, al través de mil desgracias, de la pérdida de sus mas esclarecidos hijos, adquirió la costosisima experiencia de saber, que los hombres suelen cambiar las palabras, pero que no cambian la conducta como hija de sus pasiones y de su débil naturaleza.

Inglaterra despues de 20 años de batallas, despues de una lucha gigantesca en la cual perecieron millares de víctimas tuvo el cruel desengaño de ver cambiado el nombre de rey por el de protector. Esto fué todo lo que consiguió, esta la victoria que coronó sus esfuerzos. Así son la mayor parte de las cosas de los hombres. La Francia por dos veces ha sido República; no hablemos de la primera. Mencionaremos la segunda; porque ya en su periodo las ideas liberales habian alcanzado una grande era de prosperidad; los hombres no eran niños: la aristocracia pertenecía á la historia: la clase media habia sido educada en los comicios, las mas infimas clases del pueblo en las plazas y las calles por los cien ecos de la imprenta periódica, que suministraba sustancia nutritiva y variada para todas las inteligencias. Ya embriagados con sus fáciles triunfos los republicanos, entonaban el cántico de los muertos para la monarquías, y al oír el estremecimiento de los tronos, y cómo desaparecian de la vista de los contemporáneos, instituciones antiguas hasta entonces consideradas como el mas fuerte cimiento del orden social, perdieron algunos la fé, y creyeron todos que á la humanidad esperaban muchos días de llanto y amargura. *Les rois s'en vont* era el grito universal que de una á otra parte de la Europa corria con frenético entusiasmo. «Los reyes desaparecen, los tronos se hunden.» Palabras y pensamientos que se llevó el viento, porque los reyes volvieron, y esta vez aparecieron en la escena, vestidos no con la toga civil del rey ciudadano, sino con la espada del conquistador, con la malla del guerrero y con la sonrisa del desprecio, haciendo mofa y escarnio de todo aque-

lo que los hombres habían amado, y considerado como el patrimonio de la humanidad: Libertad, Igualdad y Fraternidad. Esta vez, como siempre, detrás de la República se ocultaba un César; este personaje misterioso, fatídico y necesario para el desenlace de los grandes dramas políticos, se llama Filipo, Alejandro, Octavio, Napoleón I, ó Napoleón III. Con cuánta más razón podemos decir, no con el entusiasmo mentiroso de un momento, sino con la fría razón, con el resultado de las observaciones que la historia nos suministra, *las Repúblicas desaparecen, les republiques s'en vont*. De las antiguas no queda sino una sola; las modernas se hundieron bajo el peso de sus desaciertos y de sus pasiones.

Pero dejando ya á un lado la primera parte de nuestro trabajo, examinemos la segunda, reducida á probar, que si la aristocracia en nuestra patria hubiera alcanzado el poder y crédito que de derecho le correspondía en el gobierno liberal que la nación ensayó con más razón que fortuna en el año de 1810, otra muy diferente hubiera sido su suerte, otros muy distintos hubieran sido sus destinos. Si las democracias son impotentes para fundar un orden de cosas estable, preciso es que las aristocracias llenen cumplidamente su objeto, puesto que son sus constantes y naturales enemigos; pero ¿cuán difícil es encontrar un cuerpo político privilegiado que reúna todas las condiciones necesarias para llegar al alto lugar que necesita ocupar para dar al pueblo la libertad con el goce duradero de todos sus favores y de todas sus consecuencias! Veamos lo que ha pasado en nuestra patria.

Guerrera, conquistadora, altanera y poderosa nuestra aristocracia, es hija de la conquista. Diéronle cuna el fragor de las armas; amantáronla los campos de batalla. Fué su recreo el pelear, su descanso la guerra, su gloria el vencer. Tuvo en poco á los reyes, y en menos á los pueblos; lanzó del territorio á la grey morisca; allegó riqueza; ocupó extensos territorios, y por do quiera dejó estampada su huella, dando á la patria días de gloria, y escribiendo con su sangre la historia de España. Los reyes la temieron; los pueblos no la estimaron. Al pie del castillo feudal creció el municipio; la religión lo recibió en sus brazos, le dió aliento y calor en los primeros días de su vida; fué guiado en la infancia por tan santa y sabia maestra: el pueblo fué amigo y aliado de los reyes, por ellos derramó su sangre; amparó la menor edad de tan augustos vástagos, tomó bajo su égida á tan ilustres huérfanos, siendo su tutor en medio de las encontradas parcialidades de ambiciosos parientes; pero tanta amistad, tanto cariño, y tan desinteresados servicios, fueron pagados con notable ingratitud.

El municipio, representante de la libertad comunal, ensayo y antecedente de la libertad política moderna, luchó contra los señores, y luchó contra los reyes; Cisneros dió el golpe de gracia á la aristocracia, y ésta, á su vez, abandonó al pueblo en la desgraciada batalla de Villalar. Tuvieron los grandes instintos generosos; conocieron, aunque por breves instantes, que su causa era la causa de los pueblos, y en el comienzo de las comunidades, protejeron con empeño los levantamientos populares, amenazando al poder de Carlos I, y de los audaces y codiciosos extranjeros; pero los desmanes de las turbas, amotinadas muy principalmente en Valencia, infundiendo temor en los pechos varoniles de los nobles, les hicieron retraer de su propósito, y volver los ojos hácia el poder real, que muy pronto supo, con tan poderoso auxiliar, vencer al pueblo, para subyugar después á la nobleza. Si ésta, venciendo á los cortesanos extranjeros, hubiera combatido á los partidarios de la germania, cosa facilísima, la Constitución de la monarquía, á la semejanza de la inglesa, se hubiera mantenido íntegra, y hubiera cimentado para largos años la libertad en nuestra patria.

Nada es la nobleza, sin que vaya acompañada del poder político; así es que la primera cualidad es cosa de poca monta, resábido de la vanidad, ridícula añeja; pero cuando los nobles comparten con el rey y con el pueblo, ó con uno de ellos el poder, ó lo ejercen solos, y lo ejercen bien, entonces la nobleza ocupa el primer puesto del Estado. Pero los nobles españoles todo lo perdieron, y ni siquiera protestaron, como hicieron en otras naciones sus iguales. De hombres políticos, se convirtieron en cortesanos, y prefirieron el honor de la servidumbre á la independencia de su posición. Todavía, en los tiempos de la dominación de la casa de Austria, se conservan restos de la antigua grandeza, y los nombres de egregios varones, que en los países conquistados por la España, dejan á la historia una imperecedera fama. Todavía presiden los consejos, apellidos que recuerdan las antiguas glorias; pero tales excepciones, último destello de una luz que por momentos se apaga, son debidos á la munificencia real, único astro que brilla con todo su fulgor en el horizonte español. Por otra parte, las muchas vicisitudes de la nobleza, debidas á guerras producidas por sus mismos individuos, dañaron á la corporación, hasta tal punto, que perdió su carácter y su fuerza antes de tiempo, anubliándose y oscureciéndose sucesivamente las antiguas familias en las guerras civiles; de manera que fué fácil á los reyes domar á los señores, cuando ellos mismos, perdida toda su influencia, se entregaron en brazos de sus enemigos. La nobleza primitiva pereció casi toda en las contiendas promovidas por D. Pedro y D. Enrique II; no pocos nobles nuevos sucedieron á los antiguos, por el libertinaje, favoritismo y descompasada conducta de Enrique IV; por último, la venturosa faz que tomó la monarquía castellana á principios del siglo XV, fué producto de hombres nuevos, que llevaron á cabo con felicidad, la unión del territorio, el descubrimiento de un nuevo mundo, y la paz de los reinos.

Al advenimiento al trono de la casa de Borbon, la nobleza ocupó los puestos de palacio, adoptando los usos, costumbres y nombres de la nación francesa. Nombres exóticos, cargos ridículos, extravagantes ceremonias impropias de la monarquía castellana, tan en ajuje en

tiempos de Isabel la Católica, se entronizaron en el alcázar de los reyes, ganando los nobles en fausto y ostentación cuanto perdían en dignidad, riqueza y poder. Abandonados los castillos feudales, moradas soberanas de los señores, por las antecámaras del palacio, se convirtieron de compañeros, en súbditos, de señores, en vasallos, de amos en siervos, vistieron la librea en vez del arnés, y á su semejanza, la nación perdió la libertad y cuantos buenos usos y costumbres habían recopilado las antiguas Cortes en sus célebres actas. Los pueblos humillaron la cerviz ante los capitanes generales de las provincias, presidentes de las Chancillerías y Audiencias, y el estado eclesiástico regular y secular se encargó, aliado único de la monarquía, de dirigir la educación moral y política del pueblo, cerrando completamente la puerta á todas las reformas de más urgencia y trascendencia.

La Constitución política de la monarquía, promulgada en Cádiz el 19 de Marzo de 1812, llamó los grandes al Consejo de Estado, no á todos, sino á una parte insignificante, comisión de todo el cuerpo, representación de la clase; pero las funciones que ejercían no eran las que competen á tan eminente gerarquía en una monarquía constitucional. Por último, la reforma de 1834, dividiendo el poder legislativo en dos Cámaras, llamó á toda la grandeza á formar parte de la primera, confiriéndole las augustas funciones del legislador y la influencia política del que está revestido de tan respetado carácter. Desde entonces acá, salvos ligeros intervalos, las constituciones españolas han conservado una como á manera de Cámara alta; pero sus resultados no han correspondido á los que debían ser, si todas las partes de que se compone, penetradas de los altos deberes que la incumben, usasen de su poder, sin abandonarlo en manos de los ministros, ó lo que es peor, en ocasiones, en manos de cortesanos. Para que un cuerpo aristocrático sea el verdadero intermediario entre el pueblo y el monarca, para que sirva de contrapeso y punto de apoyo á la complicada máquina del gobierno, siguiendo la metáfora de los globos, ideada por Napoleón, necesita estar adornado de cualidades relevantes, que por desgracia hoy día no son comunes en Europa, y muy raras en España.

Debe ser la parte más influyente de la Cámara aristocrática, la de la nobleza; primero, porque debe ser la que debe amar con más interés el poder público, y ser más celosa que ninguna otra de su ejercicio, y segundo, porque no hay otra más independiente. El que nació en dorada cuna, el que posee grandes bienes de fortuna, el que tiene un nombre que á otros falta, ¿á qué puede ya aspirar? Al aprecio de sus conciudadanos: los que poseen cualidades tan ventajosas, deben ser los centinelas de toda institución liberal, oponerse á todo acto arbitrario, y representantes genuinos de sus conciudadanos, no permitir nunca, en ningún caso, la violación de las leyes que proclaman la libertad civil ó la libertad política. Para esto se necesitan muchas cosas, á saber: educación liberal, ciencia, saber, instrucción en suma. Una aristocracia indocta, que pasa su tiempo en devaneos, en amestrar caballos, ó en pasatiempos fútiles, nunca ocupará debidamente los puestos del Parlamento. El saber y la elocuencia, elementos necesarios para ejercer el poder, deben ser los dos ornamentos principales de la aristocracia. La nobleza, que en vez de política es cortesana, que en vez de señora, es súbdita, que en lugar de ser guardadora de las libertades públicas, es palaciega, en balde ocupará el lugar del legislador. Su oficio en el Parlamento como en el palacio, será el de esperar sumisa las órdenes de su amo. Pecan contra todas las reglas de política, contra la independencia de carácter que no ha de abandonar nunca al buen patrio, contra la nobleza de su raza, aquellos que en las monarquías constitucionales dicen que no tienen más opinión que las de todos los ministros que libremente elija el rey. Los que tal dicen y los que tal hacen, abdicar su razón, renuncian á su conciencia y renuncian á las más bellas facultades que constituyen la dignidad del hombre. Es preciso que los grandes cuerpos políticos que conocemos con el nombre de aristocráticos en las monarquías constitucionales, no sean tan numerosos que embargue las deliberaciones y debilite el poder la multitud, ni tan exiguos que con facilidad se conviertan en oligarquías. Debe evitarse con mucho cuidado, que uno de los elementos de que se componga el cuerpo, se haga dueño de los demás; influyendo sobre todos, por el miedo ó por su preponderancia en el gobierno. Un cuerpo aristocrático bien constituido, debe evitar la preponderancia del clero, de la magistratura, y sobre todo, la preponderancia militar.

La nobleza con las cualidades de que hemos hablado antes, puede evitar este escollo, el peor, el más peligroso de todos en las sociedades modernas. Cuando la aristocracia abdica, el elemento militar usurpa el poder, influyendo por medio del temor, haciéndose el necesario, é imponiéndose á todos los poderes públicos. La Asamblea se convierte en un campo atrincherado; la elocuencia toma las formas agrestes del mando de un regimiento, las cuales substituyen á los acordes sonidos del arte de Cicerón y de Mirabeau, y la gramática y la lógica pierden lastimosamente el tiempo, como mercancía de poca estima. Hemos dicho antes que el elemento nobiliario debe ser el regulador de la máquina política en la esfera de su acción, porque el magistrado, y el empleado en cualquiera de los ramos de la administración, procura por todos los medios imaginables adelantar en su carrera, ó ser respetado en el punto que ocupa, ó aspira á ser condecorado, ó quiere aprovechar la ocasión entrando por una de las cien puertas que de continuo tiene abiertas la debilidad humana. Cuando los cuerpos aristocráticos adolecen de todos los defectos de que hemos hablado; cuando los magnates sirven en palacio, los militares imperan en el Estado; los obispos brillan por su ausencia, y todos los demás individuos que no forman corporación ó clase, sino que son individuos aislados, ó se someten voluntariamente esperando ocasión propicia para sus

medros, ó resisten sin éxito, porque su posición inutiliza sus esfuerzos; entonces no hay aristocracia, ni Cámara aristocrática; entonces lo que hay es farsa, el peor de todos los gobiernos posibles, y el de peores consecuencias.

Y si todo esto puede ser cierto, si de tales ejemplos podríamos presentar dolorosas muestras en la historia, si las democracias nada pueden fundar, ni hallamos aristocracias dignas de este nombre, ¿de qué nos han servido los ensayos infelices de tanta política diferente, de tanta escuela, de tanto hombre de Estado, y de tanto libro como han vomitado las imprentas de Europa dándonos lecciones de política constitucional? De nada nos han servido para hallar el secreto del buen gobierno; de mucho si nos sirven de escarmiento sus lecciones.

Dejemos una vez para siempre las teorías, y tomemos por norte y guía el gran libro de la experiencia; abandonemos las ilusiones, y ensayemos las doctrinas en la piedra de toque del corazón humano. Tengamos entendido que es muy malo seguir rutinariamente la senda que nos indique un escritor que se erige en apóstol, ó quizás en redentor de toda una generación; bastantes años han pasado ya de ensueños, de mentirosas opiniones que han costado lágrimas y duelo á la triste humanidad. Lo que puede ser, no será; y no puede ser lo que es contrario á la naturaleza del hombre, á sus hábitos y sus costumbres; hay que tener en cuenta sus pasiones, no para adularlas, sino para reprimirlas.

Es mengua de la nación española, contrario á su carácter, á su historia y á su hidalguía, seguir fielmente todas las tendencias, é imitar en todo la conducta de poderosos vecinos. La moda que tras los montes domina en materias políticas, esa es la que adoptamos; cuando República, nos bule la sangre para ser republicanos; si doctrinarios, doctrinarios somos; si socialistas, cunde despiadada la perversion de las ideas; si el imperio gobierna, tenemos pujos de imperio. Y milicia nacional y leyes administrativas, y Asambleas, y barricadas, y todo género de galicismos así en el habla como en las instituciones dominan en nuestra patria, sin que sus hijos reclamen y adopten, distinguiendo lo bueno de lo malo, ó conformándose con la originalidad de nuestro carácter y costumbres.

Pero ya á la altura en que nos encontramos, fuerza es, en pocas palabras, terminar nuestro trabajo, y ya que no aceptamos como buena la democracia, ni vemos en la aristocracia española motivos de enhorabuena, debemos decir, que es lo que en Europa hoy llama nuestra atención, en materia de gobierno, prefiriéndolo y con mucho, á todas las antiguas y modernas instituciones. Este es el gobierno de la Gran Bretaña; entendemos la libertad como los ingleses la entienden; la queremos y la deseamos, como en Inglaterra se conoce y practica. Un ciego respeto á la seguridad individual de manera que la casa del ciudadano sea, moralmente hablando, tan fuerte como una ciudadela: á tal punto respetada la propiedad, que si al rey se le ocurre pasar por un fundo ageno, se vea obligado á pedir permiso á su dueño para atravesarlo; el libre derecho de publicar sus ideas por medio de la imprenta; la omnipotencia del Parlamento, el absoluto imperio de la ley para todos y para cada uno; la completa ausencia de la fuerza bajo cualquier aspecto, ó máscara que adopte, libre la lucha de los partidos en las elecciones; esta es la libertad que nos encanta, este sistema es el que admiramos, este el que deseamos para nuestra patria.

ANTONIO BENAVIDES.

LOS ECONOMISTAS MODERNOS.

ARTICULO PRIMERO.

Tal es el título de una obra publicada recientemente en París por Mr. Reybaud, y cuyo examen entra en el cuadro de los trabajos que tan frecuentemente dedicamos á la más importante de las ciencias, clasificadas en el día bajo el título de político-morales.

En realidad no hay propiedad en la aplicación del adjetivo *moderno* al sustantivo *economista*; por la sencilla razón que la ciencia es tan moderna, como que todavía no cuenta un siglo de existencia. Los antiguos no la conocían, y algunos pasajes aislados que suelen encontrarse en las obras de Platon, Aristóteles, Polibio y Jenofonte, si bien revelan notable perspicacia y no despreciable capacidad de penetrar en el fondo de las grandes cuestiones económicas, están muy lejos de formar un cuerpo compacto de doctrinas como el que creó, á fines del siglo pasado, el inmortal escocés Adam Smith. Era imposible que se formase una ciencia, cuando, ó no existían, ó estaban profundamente viciados los elementos y materiales de que debía componerse. Los antiguos desconocieron enteramente la filiación que existe entre la riqueza y el trabajo, y, por consiguiente, no podían dedicarse á la averiguación de los medios que el trabajo debe emplear, ni al estudio de las leyes que deben regirlo para que produzcan la riqueza. El trabajo era para ellos una ocupación vil y degradante, propia solamente de esclavos, y todos sabemos cómo era considerada en aquellos tiempos la esclavitud. Era preciso que esta ínicua institución desapareciese de las costumbres públicas; que existiesen clases medias, dedicadas á satisfacer las necesidades del consumo; que la formación de grandes Estados opusiese una fuerte barrera al espíritu de conquista, y que la doctrina evangélica hubiese suavizado las costumbres propagando el dogma de la caridad, para que el trabajo perdiese el carácter odioso que le había conferido su asociación con una clase de seres, considerados por las leyes mismas como *cosas* y no como *personas*. El entendimiento no especula sino sobre objetos que le son familiares, y que se presentan frecuentemente á las impresiones de los sentidos, y nada había más ajeno al modo de vivir de los

magnates griegos y romanos que las operaciones manuales que eran los verdaderos manantiales de su riqueza. La época de los Fábios y de los Cincinatos fué de muy breve duracion en la República romana. Desde que empezaron las grandes conquistas, Italia se llenó de cautivos hechos en la guerra, los cuales distribuidos, como objetos de propiedad, entre los miembros de aquella formidable aristocracia, fueron condenados por sus dueños respectivos á las labores agrícolas é industriales, al servicio doméstico, y á la produccion de todo cuanto podia contribuir á satisfacer las necesidades, los caprichos y alimentar los vicios de las clases halagadas por la fortuna.

Tampoco pudo nacer la Economía Política durante los siglos de la Edad Media. No vamos á ostentar ahora una erudicion harto manoseada, trazando el cuadro de las labores que absorbieron en aquella época toda la actividad de la inteligencia humana. Todos saben que la Teología, y como su auxiliar, la metafísica, constituían todo lo que merecía el nombre de ciencia, y aunque ni la riqueza ni los goces físicos eran menos apetecidos que lo han sido por las generaciones modernas, ni la riqueza ni los goces físicos se creían objetos dignos de entrar en la alta esfera de las abstracciones. La filosofía escolástica trabajaba en descifrar cuestiones recónditas, que podían resolverse sin el auxilio de los sentidos: todo era ideas, todo hipotético, todo inaplicable en lo que se llamaba entonces filosofía, y cuando en la extensión que daba á sus especulaciones, tropezaba, digámoslo así, con un fenómeno, con un hecho natural, de cuya explicación no le era posible abstenerse, la explicación entraba en la region metafísica, arrancando el hecho ó el fenómeno á los que le precedían ó acompañaban, para someterlo al criterio de una tenebrosa Ontología. Si, por ejemplo, se ofrecía hablar de la naturaleza de la luz, se salía del paso con decir que la luz era una esencia media entre el cuerpo y el espíritu. Al ilustre español Luis Vives pertenece la gloria de haber descubierto, antes que Bacon, el verdadero camino de la investigación filosófica. El fué el primero que llamó la atención de los estudiosos á los cuerpos naturales; á los cambios y trasformaciones á que están sujetos; al influjo que ejercen unos en otros; el primero que se atrevió á burlarse de la argumentación silogística y de la algarabía peripatética, declarando que en el trato de labradores, pastores, artesanos y pescadores, se adquieren conocimientos mas útiles y positivos, que en la lectura de los que se llamaban filósofos y en las aulas de las universidades.

Ya se había derrocado el imperio del Escolasticismo: ya se habían ennoblecido los conocimientos positivos; ya existían las ciencias físicas y físico-matemáticas, y todavía el estudio de la riqueza no había entrado en el dominio del saber. Pero el vasto desarrollo que se manifestaba en la produccion de todas las cosas necesarias y gratas á la vida; el incremento que habían tomado las relaciones mercantiles de los pueblos y la distribución que por sí misma se hacía de la riqueza, producto de aquel movimiento, eran circunstancias que no podían sustraerse á la atención de los hombres pensadores. Era imposible apartar la consideración de ciertos fenómenos que no podían explicarse por las nociones habituales del sentido común. ¿En qué consistía, por ejemplo, que Holanda y las ciudades anseáticas, países tan poco favorecidos por la naturaleza, rebosasen de prosperidad, acumuladas en enormes capitales, dominasen en todos los mercados del mundo, mientras España y Sicilia, con terrenos fertilísimos, con climas favorables á todo género de cultivo, gimiesen en la pobreza y en el abandono? Por otra parte, no podía oscurecerse el influjo que la legislación y el gobierno ejercían en la produccion, en la circulación y en el consumo de los bienes de esta vida. La mayor parte de los gobiernos carecían de los recursos necesarios para su sostenimiento y el pago de los servicios públicos. Sus arcas estaban vacías, su crédito arruinado. Las medidas que se adoptaban como remedio de tan graves dolencias, no hacían mas que aumentarlas. Las leyes suntuarias, llevadas hasta el extremo mas ridiculo; la prohibición, que se consideraba no solo como sabia precaucion económica, sino como deber de patriotismo; las alteraciones de la moneda y otras providencias de que continuamente echaban mano los dueños de las naciones, creyendo de este modo conferirles grandes beneficios, perpetuaban y engrandecían la penuria, la despoblación, el desaliento de las familias humanas. Los escritores empezaron á emplear su ingenio en el estudio de estos asuntos, y en pocas naciones fué tan fecundo este género de trabajo como en España. Véase en la Biblioteca Económica de Sampere el numeroso catálogo de autores que tomaron con empeño la resolución de los problemas que el orden económico de la nación ofrecía á sus ojos. En Inglaterra, en Francia y en Italia, no era menos notable el ardor con que se trabajaba en la misma línea. Pero todavía faltaba mucho para que hubiese un cuerpo de doctrina compacto y homogéneo, que pudiese merecer el nombre de Economía Política. El empirismo había dominado en todo cuanto se había escrito sobre comercio, crédito, industria y legislación económica, antes de Adam Smith, y el empirismo, si es útil para preparar los elementos del saber, está lejos de ser el saber mismo. El empirismo juzga los hechos en su estado de aislamiento, desconociendo sus relaciones con otros hechos que les dan origen, que los trasforman ó que los modifican. En el estrecho círculo que traen á sus labores, se echan de menos las armonías que la ciencia descubre en todas las esencias palpables é impalpables que componen el Universo. No era imposible que algun escritor agitase con acierto la cuestión de la alcabala y del diezmo, ni que se publicasen doctrinas muy sensatas sobre la naturaleza del crédito y de la riqueza, como lo hizo Child en Inglaterra á mediados del siglo XVII. Pero la verdadera ciencia económica necesitaba una esfera mas amplia, y debía colocarse en un punto de vista mas comprensivo y general. Basta considerar

uno solo de los productos de que hacemos uso diariamente, cuando satisfacemos una necesidad de consumo, ó ensanchamos nuestros goces inocentes y legítimos, para seguir con la imaginación el encadenamiento de causas y efectos, de hechos y fenómenos, de circunstancias graves y leves que han puesto aquel producto á nuestro alcance. Pues bien: todas esas causas y efectos, todos esos hechos y fenómenos, todas esas circunstancias, por inconexas que parezcan entre sí, por remotas que estén de la actualidad, han influido directa ó indirectamente, pero siempre con eficacia, en la calidad, en el precio, y en la abundancia ó escasez del producto de que se trata. El verdadero economista abraza con su mirada todos estos objetos, y, por las reglas de la inducción filosófica, y agrupándolas segun sus semejanzas y analogías, llega á los principios generales que constituyen la doctrina, y al conjunto bien enlazado de estos principios, que es lo que constituye la ciencia.

En el cultivo de lo que forma el asunto de la obra que anunciamos, ha sucedido lo que en el cultivo de todos los ramas de conocimientos humanos. Se han suscitado puntos disputables, se han aventurado paradojas insostenibles, se han dividido las opiniones, se han formado escuelas: pero como los hechos en que la ciencia se funda, son de ocurrencia diaria y están al alcance de todo el mundo, el triunfo del error ha debido ser, y ha sido en efecto, de poca duracion, y, con muy pocas escepciones, todos los principios establecidos por Turgot, Smith, Say y sus contemporáneos están hoy generalmente admitidos.

De las escepciones á que hemos hecho alusion una sola es importante, y está todavía sirviendo de asunto á la encarnizada guerra de dos escuelas contrarias. Los economistas que acabamos de nombrar, trataron la cuestión de la libertad de comercio, como una de las muchas que entraban en el círculo de sus especulaciones. La guerra tenaz declarada á este dogma luminoso por el egoísmo, por el monopolio y por la vanidad de los manufactureros, y por la ignorancia y la pusilanimidad de los gobiernos y de los cuerpos legislativos, ha dado lugar á que los economistas de nuestra época se empleen casi exclusivamente en combatir el gran error que tantos males ha producido en la mayor parte de las naciones cultas, y que todavía está produciendo en muchas de ellas.

A esta clasificación pertenece la mayoría de los que Mr. Reybaud enumera y califica en la obra que sirve de asunto al presente artículo. En el siguiente procuraremos examinar el modo con que lo desempeña.

JOSE JOAQUIN DE MORA.

DE LA NOVELA.

ARTÍCULO III.

Lesage, autor (1) del Gil Blas de Santillana, y asimismo de otras varias obras, es uno de los mejores ingenios de que puede blasonar su patria, tan fecunda en grandes escritores, señaladamente en prosa, en la cual no será temeridad decir que no tiene, como en la poesía sucede, pueblo alguno que, en competencia, merezca disputarle la primacía. En las composiciones dramáticas del género cómico se distingue á punto de que su *Turcaret*, pintura de un rico asentista ó contratista, grosero, de pensamientos ruines y miras interesadas, y ridiculamente soberbio de sus riquezas, es una de las comedias que mas se acercan á las buenas de Moliere, el primer poeta cómico de su patria, y acaso del mundo. Si no tuvo tanto acierto en otros dramas, aun en ellos dejó señales de su grande ingenio y chiste, y su *Crispin*, rival de su amo, es pieza de bastante mérito, sin contar las que compuso para el teatro llamado de la Feria, destinadas solo á hacer reír á cualquier precio, pero cuyas bufonadas, un tanto groseras, salen, con todo, de lo común en producciones de la misma especie. No es, sin embargo, en calidad de poeta dramático como aquí ha de ser Lesage considerado y juzgado, pues ante el tribunal, (en verdad, por insuficiencia del juez no muy competente), que está abierto en las presentes páginas, comparece solo en calidad de novelista. Era hombre dotado de vivísimo y agudísimo ingenio, y de muy claro entendimiento, aunque no de imaginación fecunda ó valiente; y en su estilo (tomando la voz en su mas lata acepción) se desviaba no poco de los grandes escritores que le habían precedido, viéndose ya en él, si bien conservada la sencillez, perdida la majestad que, tanto en la materia cuanto en la forma, y así en los argumentos de las obras como en el modo de tratarlos, distinguía á los contemporáneos de Bossuet y de Boileau. Había leído muchos autores castellanos, y de ellos fué á escoger, para seguirlos, á los escritores de historias imaginadas, cuyo principal personaje es un hombre de clase inferior, y donde están representados y ridiculizados los vicios, sino los delitos, de los hombres en el estado social, sin muestra alguna, aunque tal vez con la idea, á veces no conocida por los mismos escritores, de que sirva á la enmienda en cabeza ajena el entretenimiento que da la obra á los lectores. No es enteramente de esta clase, en cuanto á tomar por héroe á un mozo travieso, é ir contando sus aventuras, pero, si, en cuanto á satirizar, pintándolas, las costumbres, la produccion que primero dió crédito á Lesage, la cual fué una traducción, mas que parafrástica, aumentada en gran manera, y con frecuencia variado el texto, de *«El Diablo Cojuelo»* de nuestro Luis Perez de Guevara. No pretendiendo Lesage ser plagiarlo, pues si tal pretension hubiese tenido, habría tratado de encubrir el original de que se valía, dedicó al mismo autor español su obra en una breve carta.

(1) Véase, en cuanto á la calificación de autor original dada arriba á Lesage, lo que en una larga nota que sigue á esta se expresa.

Agradó á los lectores franceses desde luego el cuentecillo, pero no en alto grado, como ha sucedido con el tiempo, después que el autor, por otra composición, se remontó á muy alto puesto entre los novelistas, y aun entre lo general de los escritores. La invención de levantar los techos de las casas de Madrid para ver lo que dentro de ellas pasaba, cogiendo á los habitantes de sorpresa, y pudiendo así descubrirlos en el descuido de actos importantes de su vida, y pintarlos segun los había descubierto, era nueva. Las varias historillas de las personas que aparecen están contadas con ingenio y ligereza, corriendo como con poco esfuerzo la pluma, pero con su rapidez no pasando de hacer bosquejos. El *Diablo Cojuelo* podia prometer, pero no con seguridad completa, otra producción de muy superior valor del mismo ingenio, pero hubo de exceder á la esperanza la realidad cuando salió á luz el *Gil Blas de Santillana* (1).

Esta obra famosa colocó á su autor en uno de los mas altos puestos en la region literaria, no solo en el concepto de sus compatriotas, sino en el de todos los lectores de los varios pueblos del mundo civilizado. Compararla con la inmortal produccion de Cervantes parecería, sin embargo, á quien esto escribe, loco exceso, porque las obras en que principalmente reluce el ingenio, aun el mas vivo, quedan inferiores á aquellas donde se ve y admira la fantasía ó imaginación en sus mas osados vuelos. Los caracteres de Gil Blas son admirables á veces, pero á modo de miniaturas ó cuadritos admirablemente tocados. El arzobispo de Granada, por ejemplo, D. Gonzalo Pacheco, el conde Galiano con su mono querido, y otros varios que fastidiaría ir enumerando, porque son muchos, dan ejemplo de la penetración con que solía el autor ver, y de la maestría con que sabia poner á la vista las flaquezas humanas. El héroe, sin embargo, no tiene un verdadero carácter individual, siendo mas juguete de los sucesos que creador de su propia fortuna. Han achacado á la obra de Lesage ser un tanto inmoral, aunque, en sentir del autor de este trabajo, con poca razon, pero tampoco merece ser alabada por el lado contrario. Lesage no se indigna contra el vicio ó los viciosos, pero no les aprueba á estos su conducta, contentándose con retratarlos. Para dar mas cabal idea de la clase de mérito de las invenciones de Lesage, bien podria decirse que las criaturas por él imaginadas no tienen tal vida que pueda sacarse de ellas una semejanza; pero, si, cosas en que ve el hombre á los demás y se ve á sí propio. Del citado arzobispo de Granada no puede dibujarse una figura donde todos cuantos de él saben se figuren que le conocen, pero todos piensan en él al ser solicitados á dar un ejemplo en cosa en que está interesado el amor propio de quien le pide, buscando, al parecer, juicios imparciales, pero exigiendo alabanzas.

Otras novelas de Lesage, como el *Bachiller de Salamanca* y *Guzman de Alfarache*, que es casi una versión del de nuestro Mateo Aleman, no merecen ser juzgadas con detenimiento, no siendo donde hay para ello mas lugar que el que dan estos artículos, por necesidad breves.

De harto diversa naturaleza, y si no de igual mérito de uno no escaso en su línea, y de todos conocido y confesado, es la novela inglesa que una parte anterior del presente trabajo queda nombrada. La novela de *Robinson* es por demás sencilla y carece de verdadero enre-

(1) La disputa antigua sobre el origen de la novela de Gil Blas debería darse por concluida, y, escandalizase quien se escandalizase, en favor de las pretensiones francesas. El amor de la patria es pasión nobilísima, pero pasión al cabo, que excita á grandes hechos, ó impele á no menores errores, y que, como toda pasión, tiene límites, los cuales son la verdad y la justicia. Al encontrarse el autor del presente trabajo con tales límites, que ve él muy claros, no pasa adelante, y quien por ello le culpe, no solo comete un yerro, sino que, guiado por ciego patriotismo, atropella las reglas de la moral é incita á otros á despreciarlas.

Las aventuras de Gil Blas de Santillana pasaban por obra del que las había dado á luz como concepcion original suya. Verdad es que Voltaire en su siglo de Luis XIV, no siendo aficionado á Lesage, á quien tenía la injusticia de apreciar en poco, había afirmado que el Gil Blas era una imitación, ó casi traducción de la vida del escudero Marcos de Obregon de nuestro Vicente Espinel, pero es claro que el filósofo y crítico francés no había leído la obra del novelista español que citaba, pues, si la hubiese leído, no habría aventurado un aserto tan difícil de sostener, no habiendo entre la vida de Obregon y la de Santillana mas semejanza que la de ser una y otra del género picaresco. No era conocido el Gil Blas en España hasta que le tradujo el Padre Isla, célebre autor en su tiempo, y en todos merecedor de algun grado de aprecio, y traductor tal, que, sin estar exento de graves defectos, acertaba á dar sabor castellano á las producciones que vertía en nuestra lengua. Por un capricho, hijo de la ligereza, si disculpado por el deseo de aparecer buen español, anunció el Padre Isla su obra como restitucion evidente de bien ajeno usurpado, intitulándola *Aventuras de Gil Blas de Santillana, robadas á España, y restituidas á su patria y lengua nativa por un español celoso que no sufre se burlen de su nación; afirmacion arrojada que había merecido apoyo de buenas pruebas. No las dió ni siquiera mediana el traductor español, pues hasta alegó en abono de lo que no pasando de sospecha daba por verdad averiguada, que Lesage había estado en España, donde hubo de encontrar la obra manuscrita que puso él en su lengua, y dió por suya, cuando es constante que Lesage nunca puso los pies en este lado de los Pirineos. Sin embargo, en este caso como en muchos, lo afirmado y no probado fué creído, y por lo mismo de no ser probado fué reputado cosa fuera de duda, porque el poder de la fé es superior al del convencimiento producido por razones irrefutables. Ello es que hace años el español que hubiese dicho que creía el *Gil Blas* francés, habría pasado por mal patrio. El traductor de Blair, muy osado en sus días en punto á censurar obras nuestras muy admiradas, solo se atrevió á decir que el *Gil Blas* era, si se quiere, traducido. Pero llegó, aunque tarde, á noticia de los franceses, poco atentos por entonces á lo que en España se pensaba ó decía, que uno de sus mas célebres escritores estaba acusado de plagiarle cabalmente por la que era su obra maestra. Entonces la vanidad ofendida hizo lo que podria el amor de la verdad, y un clamor casi general reivindicó el *Gil Blas* como produccion francesa, distinguiéndose en reclamarla por propia Francisco de Neufchateau en una obrilla que dedicó á este punto. Vivía á la sazón desterrado en Francia D. Juan Antonio Llorente, historiador de la Inquisición, y no poco erudito, si bien de mas instruccion que ingenio, ó criterio, el cual, como si quisiese borrar con un hecho patriótico la culpa de haber sido secuaz de los enemigos de su patria, escribió un librito en que intentó probar que *Gil Blas* era version de un original castellano, y aun dió á entender, aunque no llegase á afirmar, que nuestro historiador y poeta dramático D. Antonio de Solís era el padre verdadero de la prole cuyo origen daba motivo á la contienda entre los literatos de dos naciones. Llorente no procedió como el Padre Isla, al cual explícitamente desaprobó por no haber dado pruebas de*

generacion demasiado adoctrinada por el ejercicio de la razon, emancipada de sus antiguas trabas, y por las lecciones de la experiencia, para dejarse alucinar por escritores mercenarios, por promesas que nunca se realizan, por frases grandilocuentes que los hechos contradicen; lo que no puede el emperador de los franceses con todos sus folletistas y todos sus zuavos, es acallar ese grito de universal indignacion que se alza contra su politica italiana. Nadie puede exigirle con las armas en la mano que ponga limite á su intervencion militar en la capital legitima de Italia; pero, ¿puede ocultarse á su perspicacia que esa intervencion y esa politica, están acumulando materiales copiosos de exasperacion y de despecho, cuya explosion ha de venir tarde ó temprano con un tren de consecuencias, que no puede calcular el génio mas penetrante? El antiguo y manoseado pretexto para la ocupacion de Roma, ha desaparecido con los sucesos de estos últimos dias. Se ha dicho que los franceses no podian abandonar á Roma, mientras el gobierno de Italia estuviese expuesto á verse dominado por la demagogia; que la seguridad y la dignidad del Papa requerian garantías mas sólidas que las que podian darles un gabinete impulsado sucesivamente por el arroyo de Cavour y enfrenado por la timidez de Rattazzi; por un monarca amedrentado con la popularidad de un osado guerrillero. Aspromonte ha pulverizado todos estos subterfugios. Victor Manuel se ha declarado responsable de Italia, y ha demostrado que Italia no hará mas que lo que él quiera. Su gobierno se ha mostrado bastante fuerte y bastante moderado para tomar posesion de Roma, sin faltar en lo mas pequeño á las consideraciones debidas al jefe del catolicismo. Por otra parte, se ha intentado hacernos creer que, para la desocupacion de Roma, no faltaba mas sino que el Papa cediese á los consejos del gobierno imperial, y que debía esperarse esta condescendencia en vista del agradecimiento á que se ha hecho acreedor Luis Napoleón, por la proteccion que ha dado á los intereses pontificios. La última circular del cardenal Antonelli acaba de anular este sofisma. En ella se dice que el Papa no cederá una pulgada de terreno de sus antiguas posesiones; que todas las propiedades eclesiásticas pertenecen *de pleno jure* á la Iglesia, y que cuando le sea posible, Su Santidad no solo anulará las ventas hechas por la «rapacidad de los gobiernos revolucionarios,» sino que castigará á los compradores con las mas terribles penas que el arsenal canónico pueda suministrarle.

Así, pues, no queda en pie ninguno de los motivos alegados hasta ahora para la prolongacion de un estado de cosas tan erizado de dificultades, tan contrario á la paz de Europa; tan espuesto á sumergirla en el abismo de las revoluciones. En este apuro, y queriendo morir con habla, como vulgarmente se dice, el gobierno acude á la inagotable imaginacion, y á la infatigable pluma del vizconde de la Guernoniere. *Ecce iterum Crispinus*. El vizconde se declara abiertamente contra la union de Italia. Francia no puede consentir en tener por vecino un reino de veinticuatro millones de habitantes; con muchos y magníficos puertos en el Mediterráneo, etc., etc., etc. Es menester leer las enormes columnas que el escritor imperial dedica á la ilustracion de este tema, para conocer hasta dónde llega el poder de los favores imperiales, en forma del puesto de senador y de veinte mil francos de sueldo. Pero el autor de esta apologia no ha echado de ver que esos argumentos con que ataca la union del reino de Italia, son justamente los mismos que alegan los partidarios de la opinion contraria. No hay un solo estado en Europa que no desee poner un contrapeso á esa fuerza gigantesca que tan frecuentemente perturba su reposo, amenaza su seguridad y dá lugar á que los gobiernos se mantengan siempre con las armas en la mano, y agoten sus erarios en ejércitos, escuadras y fortificaciones. Hay además otra consideracion que desvirtúa completamente la lógica senatorial. ¿No hemos visto en lo que va de siglo, dos veces invadido el territorio francés por las armas extranjeras, y dos veces acampados los cosacos en los Campos Eliseos de Paris? ¿Y existía acaso entonces ese formidable vecino que tanto miedo inspira al director de la *France*?

Si este defensor de todo lo que se le manda defender llegara á convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos; si en lugar de devanarse los sesos en buscar argumentos que á nadie convencen, se decidiese á convenir en lo que todos sabemos, y á decir la verdad sin rodeos ni paliativos, hé aquí, poco mas ó menos, cómo debería explicarse: «mi augusto amo ni quiere ni puede abandonar á Roma.» No quiere, porque le duele que el patriotismo italiano haya frustrado la realizacion del plan de Villafranca; porque la union de Italia es un obstáculo invencible al entronizamiento de un Murat en Nápoles, y del príncipe Napoleón en Florencia; porque las simpatías de Italia se pronuncian cada vez con mas energía en favor de *la perñe Albion*, y en caso de un gran conflicto europeo, ya se sabe quien podría disponer de todos los magníficos puertos de mar de la Peninsula.

No puede porque teme, con sobrado fundamento, la animadversion del partido clerical; porque este partido tiene profundísimas raíces en aquella nacion; porque maneja armas invencibles, contra las cuales tan impotentes son las bayonetas como la policia; no puede porque su poder militar depende en gran parte de la fidelidad de los mariscales, y los hay entre ellos que se adhieren al partido de la emperatriz y del conde Walewski; no puede, en fin, porque la evacuacion de Roma podría excitar tal fermentacion de entusiasmo; tales estímulos á la revolucion, y en el partido popular tan íntimo convencimiento de su fuerza y de su poderio, que Dios solo sabe hasta dónde podrían llegar sus aspiraciones.»

JACINTO BELTRAN.

ISLA DE CUBA.

Última Memoria del Excmo. Sr. D. José de la Concha.

Con tal objeto y con el convencimiento que me asiste de que en la pronta realizacion de esas obras, mas que en el número de nuestros soldados, ha de estribar la conservacion de esta importante provincia española el día que pudiera ser amenazada seriamente en una guerra extranjera, he conservado la fuerza efectiva presente en las armas é institutos durante los cinco años últimos en 16,000 hombres por término medio ó lo que es lo mismo, con una tercera parte menos de la reglamentaria; habiendo tenido tambien especial cuidado de dejar en cuadro las dos últimas compañías de cada batallon, embebiendo su fuerza en las de preferencia y las cuatro primeras del centro. Esas considerables economías han permitido que la consignacion para el material de ingenieros que en 1850, ascendió á 420,000 pesos, en 1854, á 200,000, haya podido elevarse para 1860, á la crecida suma de 763,000, sin que la disminucion de la fuerza efectiva me haya impedido asegurar al gobierno de S. M., en los momentos en que la cuestion de Méjico presentaba mayores dificultades, que podía disponer de 8000 hombres de estas tropas para la expedicion que pensó enviar contra aquel Estado.

BRIGADAS DE OBREROS.

El deseo de impulsar la ejecucion de las nuevas defensas nacido del convencimiento de su importancia, me ha hecho destinar á ellas, además del batallon y compañías provisionales de obreros, brigadas de peones compuestas de soldados de infantería con notable ventaja de la moral, de la salud, y de los intereses particulares de los individuos.

La experiencia de tres años deja demostrado que nada contribuye á mantener la buena moral y la salud de las tropas como el trabajo personal bien organizado. El regimiento de la Reina desde su campamento de barracas, construido como ensayo en las inmediaciones del castillo del Príncipe envía diariamente sus dos batallones á las obras que se hacen en él y á la de la beneficencia, así como tengo destinadas á los trabajos de los demás fuertes otras brigadas de infantería, y tanto estas como aquel regimiento, tienen mucho menos número de enfermos que los que hacen el servicio de guarnicion, y han levantado sus fondos de masita en poco tiempo con sumas considerables. Ese resultado me decidió á destinar varias de esas brigadas á las obras públicas y hasta á las que tienen ese carácter y se llevan á cabo por empresas particulares, todas ellas sujetas á un reglamento que abraza los detalles de su servicio, haberes y dias que deben dedicarse á la instruccion.

HABERES.

En la tarifa de sueldos y haberes de las distintas armas que constituyen este ejército, existía una desigualdad notable y no pocas anomalías que fueron expuestas por mí al gobierno de S. M. desde la primera época de mi mando, demostrando desde entonces en repetidas ocasiones la justicia y conveniencia de que todos los haberes guardasen la proporcion que se notaba en el de ciertas clases de real de vellón á real fuerte, cuya reforma acaba de ser sancionada por S. M. y empezará á regir desde 1.º de Enero entrante, con notable ventaja para todas las clases. Falta únicamente, para que sea completa, el aumento de haber de los cabos y soldados, sobre lo cual acaba de instruirse un expediente en que se demuestra hasta la evidencia la imposibilidad de atender con el que hoy se acredita á una regular alimentacion de esas clases, visto el aumento considerable que han experimentado los artículos de primera necesidad con que se confeccionan los ramos, habiendo llegado el caso de que estos no pudiesen contener la cantidad de alimento suficiente. Esta circunstancia me ha obligado á ordenar que se acredite un cuartillo de real fuerte por cada plaza P. y C. P. en revista á todas las armas é institutos, interin el gobierno de S. M., á quien he dado cuenta razonada, resuelve el aumento del haber. El de los sargentos ya se obtuvo anteriormente cuando se decretó para los del ejército de la Peninsula. El celo de los jefes y el esmero con que he atendido á la inversion de las cinco cuartillas del rancho, están dando los resultados mas satisfactorios, como V. E. se dignará ver al examinarlo por sí mismo.

VESTUARIO.

En la reforma orgánica ocupa el vestuario del ejército un lugar preferente. Resuelto queda por S. M. el que deben usar todas las armas de conformidad con lo que sobre el particular propuse como resultado de una observacion constante. El adoptado creo que llena bastante bien las condiciones de comodidad y visualidad que son de apetecerse en este clima. Hoy se están haciendo los cálculos de su costo para fijar las gratificaciones de primera puesta y vestuario. Una comision de jefes y oficiales de infantería y caballería se halla en Barcelona encargada de su adquisicion en las fábricas y talleres del reino, que ya ha remitido modelos del de campaña, de buena calidad, sobre los cuales se le han hecho algunas advertencias.

SANIDAD MILITAR.

El servicio sanitario del ejército ha sido siempre objeto preferente de mi cuidado; y el estudio de la enfermedad endémica del vómito, la ocupacion preferente de los profesores castrenses. Desde el ensayo de la inoculacion del virus del Dr. Umbol hecho con la prudencia y precauciones debidas, despues de consultada la opinion de la seccion de ciencias médicas de la universidad literaria que informó favorablemente sobre la conveniencia de tal ensayo, así como el cuerpo de sanidad militar, se

han empleado en los hospitales militares todos los sistemas de curacion que ofrece la ciencia, y que ha sugerido á los médicos militares su aplicacion, y se han organizado en diversas épocas depósitos de aclimatacion en los puntos mas salubres: pero desgraciadamente hasta hoy ni una asistencia asidua ni un celo incansable por parte de la administracion y de los profesores han podido dar otro resultado que atenuar, si acaso, la mortalidad que cada año ocasiona al ejército esa funesta enfermedad.

El considerable número de inútiles que se presentaba en cada reconocimiento mensual me obligó á llamar seriamente la atencion del gobierno de S. M. sobre las operaciones del enganche en los depósitos de bandera, remitiendo en comprobacion sumarias y expedientes de varios individuos admitidos con enfermedades y defectos físicos anteriores, y algunos que versan sobre individuos licenciados aquí ya como inútiles para el servicio. Consecuencia de la privilegiada atencion que he prestado á este asunto ha sido la disposicion dictada por S. M. para que sean destinados á continuar sus servicios en la Peninsula, aquellos individuos incipientes en padecimientos del pecho ó á quienes por sus continuas enfermedades se conoce que el clima de estas latitudes les es nocivo; y no pocas víctimas se han arrebatado á la muerte á consecuencia de esa resolucion que propuse hace tiempo al gobierno de S. M.

En el Estado mayor hallará V. E. los estados necrológicos comparativos de todas las enfermedades y del número de muertos é inútiles que cada una ocasiona: datos esencialísimos para el estudio de tan grave cuestion y que se remesan periódicamente al gobierno con las deducciones que de ellos se desprenden.

HOSPITALES.

Escaso era por demás el personal del cuerpo de sanidad de este ejército, y urgente la necesidad de montar los hospitales que en virtud de real orden se pusieron bajo el inmediato cuidado del capitán general; y despues de bien meditado el asunto, se sometió al gobierno el proyecto de arreglo del personal y material de los hospitales militares, clasificándoles por el orden de su importancia y descendiendo en esa clasificacion hasta las enfermerías reglamentarias para los destacamentos fijos de corta fuerza. En el cuadro orgánico del personal han tenido ingreso los profesores honorarios del ramo civil que antes hacían el servicio en los hospitales militares, y pueden hoy ingresar en el cuerpo de sanidad los jóvenes que hayan terminado su carrera en esta Universidad y acrediten su aptitud en las oposiciones periódicas que se convocan. La reforma ha alcanzado tambien á la farmacia militar, cuyos profesores, incorporados al cuerpo de sanidad, desempeñan su servicio en los hospitales. Las hermanas de la Caridad tienen á su cargo hace cuatro años la asistencia de los enfermos y el orden interior económico del hospital de esta plaza, no habiendo sido posible confiar á su caritativo y delicado celo el de los demás, por falta de número. La organizacion de las compañías y secciones sanitarias formadas con clases é individuos de tropa que desempeñan el servicio mecánico de esos establecimientos, bajo la dependencia inmediata del cuerpo de sanidad militar y de las prescripciones de un reglamento especial, ha completado la reforma.

El material de esos establecimientos la ha sufrido igualmente completa: se ha renovado todo el mobiliario: se han hecho obras y reparaciones de consideracion en el hospital de la Habana, y en los de los distritos, procurando la comodidad é higiene al mismo tiempo que la asistencia mas esmerada y prolija.

ADMINISTRACION MILITAR.

La falta del cuerpo de administracion militar se me ha hecho muy sensible en los dos periodos de mi mando, segun dejo indicado en esta reseña. Sin embargo, he procurado que mis disposiciones, relativamente á los asuntos que son de incumbencia de ese cuerpo, produjesen resultados económicos y corrigiesen los defectos y abusos mas notables.

TRANSPORTES.

La cuestion de transportes absorbía al Erario sumas de muchísima consideracion, como es fácil deducir del movimiento que ocasiona el reemplazo y licenciamiento del ejército y el servicio ordinario de la isla. De muy antiguo regia la práctica de satisfacer 52 pesos por el pasaje á Europa en los buques mercantes por cada individuo licenciado, y próximamente lo mismo se pagaba por cada recluta; lo que me obligó á ordenar que no se cerrasen por la Hacienda aquí contratos de transportes sin mi aprobacion previa. De ese modo los he llegado á conseguir en ocasiones á menos de 20 pesos; por término medio, á 23; y recientemente, á 22, en una contrata especial, con lo que, y teniendo en cuenta que no bajan de 4 á 5,000 los transportes anuales que ocasiona el reemplazo y el licenciamiento y con haber aprovechado la marcha á nuestros puertos de España de los buques de guerra de este apostadero, para el transporte de cumplidos inútiles y enfermos, dejo á la consideracion de Vuecencia apreciar la importancia de las economías obtenidas con aquella sola providencia y en un ramo que pertenece exclusivamente á la administracion.

UTENSILIO.

El utensilio se suministraba á los cuerpos de este ejército, una sola vez al tiempo de su creacion, y una gratificacion de doce maravedis mensuales por plaza, abonada por la Hacienda, constituía el fondo de su entretenimiento. Consecuencia forzosa de tal sistema, era la de cargar á los individuos el valor de efectos y prendas que de nada les servían y su licenciamiento. Además, los jefes tenían que hacer las veces de la administracion militar, cuya falta para esta atencion importante, la he

